UNIVERSITAS Miguel Hernández

MATERIA:	V Trabajo de Fin de Máster
Nombre estudiante:	Ana García López
Título del trabajo*:	La queja como metodología feminista.
Modalidad: ☐ **A (Aplicado)**	Elegir una opción del Menú del desplegable
☒ **B (Teórico)**	Trabajo de investigación aplicado (artístico): obra, serie, ...
Palabras clave (entre 4 y 8):	queja, feminismos, metodología, límite, vulnerabilidad, grieta.
Resumen (entre 200 y 300 palabras):	Este proyecto de investigación explora el papel de la queja en las vidas de quienes están en ese otro lado que no es el del poder y el privilegio. La violencia epistémica de un capitalismo imperante sitúa las experiencias de estos sujetos en un lugar de no relevancia, desde el cual, se continúa reafirmando la ficción normativa de que la voz de los subalternos es una voz carente de sentido e importancia. Entre todas las veces que estas violencias del sistema se hicieron efectivas, en muchas ocasiones hubo silencio; y en otras tantas, hubo quejas. El siguiente texto toma como objeto de estudio estas expresiones de dolor, rabia y descontento, que en su expresión constituyen una forma de rechazo al mensaje que las estructuras de poder lanzan sobre quién es importante y qué es lo que importa. Hay mucho que aprender de las quejas y de quienes están al límite para decirlas. Hay lenguaje en lo que se filtra por las grietas, hay mucho discurso que escuchar en quien se desborda. Hay muchas historias de quejas en la historia de los feminismos. La queja como metodología feminista recoge estrategias de resistencia que encuentran en la expresión de la vulnerabilidad y la diferencia una forma de hacer justicia sociopolítica en el mundo, y así, una forma de estar en él. Este trabajo es una invitación a ponerlas en práctica y a ponerlas en valor.

* * Los trabajos dentro de cualquier modalidad y tipología, deberán ajustarse a los estándares y guías facilitadas en el apartado "evaluación" de cada materia en el campus virtual:

- trabajos aplicados (A): proyecto (preproducción) o memoria (producción-posproducción)
- trabajos teóricos (B): artículo de revista (exposición-argumentación)

2021/2022

Universidad Miguel Hernández de Elche

Máster Universitario en Estudios Culturales y Artes Visuales (Perspectivas Feministas y Cuir/Queer)

La queja como metodología feminista.

Ana García López

Tutora: Johanna Caplliure

Trabajo de Fin de Máster

Trabajo de investigación aplicado

Un trabajo que contradice la lógi

Un trabajo que contradice la historia de la institución Ratificado en una:

UNIVERSITAS Miguel Hernández

Resumen

Este proyecto de investigación explora el papel de la queja en las vidas de quienes están en ese *otro* lado que no es el del poder y el privilegio. La violencia epistémica de un capitalismo imperante sitúa las experiencias de estos sujetos en un lugar de no relevancia, desde el cual, se continúa reafirmando la ficción normativa de que la voz de los subalternos es una voz carente de sentido e importancia.

Entre todas las veces que estas violencias del sistema se hicieron efectivas, en muchas ocasiones hubo silencio; y en otras tantas, hubo quejas. El siguiente texto toma como objeto de estudio estas expresiones de dolor, rabia y descontento, que en su expresión constituyen una forma de rechazo al mensaje que las estructuras de poder lanzan sobre quién es importante y qué es lo que importa.

Hay mucho que aprender de las quejas y de quienes están al límite para decirlas. Hay lenguaje en lo que se filtra por las grietas, hay mucho discurso que escuchar en quien se desborda. Hay muchas historias de quejas en la historia de los feminismos.

La queja como metodología feminista recoge estrategias de resistencia que encuentran en la expresión de la vulnerabilidad y la diferencia una forma de hacer justicia sociopolítica en el mundo, y así, una forma de *estar* en él. Este trabajo es una invitación a ponerlas en práctica y a ponerlas en valor.

Palabras clave: queja, feminismos, metodología, límite, vulnerabilidad, grieta.

Abstract

This research project explores the role of the complaint in the lives of those who are on that *other* side that is not the power and privilege one. The epistemic violence of a prevailing capitalism places the experiences of these subjects in a place of non-relevance, from which the normative fiction that the voice of the subordinates is a voice devoid of meaning and importance continues to be reaffirmed.

Among all the times that this violence of the system became effective, on many occasions there was silence; and in many others, there were complaints. The following text takes as its object of study these expressions of pain, anger and discontent, which in their expression constitute a form of rejection of the message that power structures send about who is important and what matters.

There is much to be learned from complaints and from those who are on the limit to express them. There is language in what filters through the cracks, there is a lot of speech to listen to in those who overflow. There are many stories of complaints in the history of feminisms.

Complaint as a feminist methodology gathers resistance strategies that find in the expression of vulnerability and difference a way of creating socio-political justice in the world, and thus, a way of *being* in it. This Master's Thesis is an invitation to put them into practice and put them in value.

Keywords: complaint, feminisms, methodology, limits, vulnerability, cracks.

A mi abuela, a mi madre. A todas las mujeres que se quejan por todo.

Biblioteca
UNIVERSITAS Miguel Hernández

Índice de contenidos

Resumen y palabras clave 3

Introducción 6

Metodología 7

Cuerpo:

Capítulo 1. *Sobre la vulnerabilidad y la corporalidad de las quejas*. . . 8-18

Capítulo 2. *La queja: temporalidades y formas.* 19-25

Capítulo 3. *Quejas, grietas y mantener las diferencias.* 26-35

Conclusiones 36-37

Bibliografía citada 38-39

Listado de imágenes 40

Biblioteca
UNIVERSITAS Miguel Hernández

Introducción

“Una queja puede ser una expresión de rabia, dolor o insatisfacción; algo que es motivo de protesta o indignación, un dolor corporal o una acusación formal” (Ahmed, 2021, p. 102).

Entre todas las formas de presentar este trabajo que me permite la palabra *introducir*, tendría que descartar aquellas que significan hacer entrar a algo, especialmente cuerpos; puesto que aquí analizamos subjetividades y prácticas que *se salen*, haciendo uso de la queja, de aquellas ficciones políticas a partir de las cuales el sistema capitalista actual organiza la existencia en términos de normativización y subordinación.

Por tanto, si nos atenemos a las palabras y a *las formas*, si me ajustara a ellas, elaborar esta introducción sería un ejercicio bastante complicado y, sin lugar a dudas, contradictorio. De hecho, puede que una de las formas más coherentes de *introducir* el objeto de estudio de la presente investigación, la queja feminista, sea empezar con un cuestionamiento a las propias introducciones. Para presentar *La queja como metodología feminista*, quizá sea razonable empezar con una.

¿Cómo ponerle palabras a una introducción sobre quejarse? Por norma, a las quejas no se les conceden introducciones, y es por ello que con el tiempo han aprendido a introducirse ellas mismas por cualquier fisura que encuentran en nuestra cotidianeidad; abriendo efímeros y gloriosos espacios de interrupción que suspenden, aunque sea por unos instantes, la normatividad, repetitiva y rutinaria.

En los siguientes párrafos trataré de poner de manifiesto cómo la queja ha supuesto a lo largo de la historia una herramienta fundamental para hacer efectivo el cambio en las luchas por la justicia social subalterna. Entre todas ellas, se pondrá el foco en los movimientos feministas que han desarrollado su acción de desestructuración partiendo de una perspectiva interseccional.

Quienes expresaron estas quejas y actos de resistencia que nos preceden, y que constituyen los cimientos teóricos y simbólicos de este trabajo, tampoco tuvieron introducción alguna en los espacios de visibilidad dominantes; como puede ser este, la academia. Por el contrario, ocuparon estos lugares aprendiendo a desobedecer, molestar e interrumpir. Entraron sin pedir permiso por puertas que nunca habían estado abiertas para ellxs; o se colaron por los márgenes, en las notas al pie o en las intervenciones a última hora, allí donde el impacto de sus quejas había conseguido crear una grieta por mínima y sutil que fuera.

En el texto que viene a continuación figuran multitud de quejas y de salidas: de madre y de la raya; de la cuadrícula y de armarios, de foco y, también, de perspectiva; encarnadas en cuerpos fuera de toda norma y también en pequeñas acciones que suceden en los límites de lo establecido, de lo narrable.

Escribir esta introducción es un modesto gesto de correspondencia. A todxs aquellxs que por mantener diferencias y mantenerse diferentes, no optan a ser sujetos de las introducciones.

Un agradecimiento a quienes viven su libertad sin tener muchas veces palabras para ella; una mirada cómplice a todas aquellas personas que a través de sus quejas han enseñado lo que saben a lxs demás, de tal forma que han abierto grietas y han allanado el camino. Gracias a la expresión de vuestra vulnerabilidad puedo pensar el feminismo del modo en el que me interesa pensarlo.

Una queja: Cómo (de)MOSTRAMOS lo que Sabemos.

Metodología. Unas cuantas anotaciones.

Como la queja es una *metodología* rebelde y en constante desacuerdo con adecuarse a los límites, cabía esperar que no se encontrara en este sub-apartado de la *Introducción*. Al menos no únicamente aquí. No resulta preciso decir que en este lugar se encuentra la metodología, porque en este trabajo la metodología está por todas partes, incluyendo el título.

Por eso, en su defecto, me gustaría utilizar este espacio para incorporar unas notas a lxs lectorxs.

Este estudio se ha realizado a partir de referencias y testimonios a los que tradicionalmente la institución académica ha dejado de lado. Saberes críticos con la normatividad y las formas de conocimiento dominantes que han disputado su lugar en un mundo que los deseaba imposibles.

De la mano de la obra de Sara Ahmed recorreré infinidad de grietas que traspasan los límites hegemónicos y abren espacios de posibilidad en las estructuras; todas ellas surgidas por la acción de *nuestras* quejas.

También se basa en mi propio testimonio como persona que continúa envuelta en un proceso de denuncia de abuso sexual. Una experiencia que se supone que debo mantener al margen y lejos de cualquier intención de logro académico.

He conformado este trabajo con todo lo que está cerca de mis entrañas… Que si lo pienso en términos de perspectiva sería el feminismo. Y la queja, la pedagogía y metodología.

Es por esto que en la narración hago un uso reiterado de la primera persona. Lo cuento en primera persona, además, porque si la academia demanda coherencia en mi relato, es aquí donde la encuentro. Esto no es ficcional, tampoco una cuestión intelectual y abstracta. Es una declaración política y simbólica: me niego a borrarme del relato. No me interesa estudiar esta problemática disponiendo aquí unos cuantos datos en tercera persona, como si yo no formara parte de ellos. Ahora, y citando a Preciado, quiero aclarar que tampoco me interesa en absoluto lo que de individual hay en mis vivencias; sino cómo éstas se ven atravesadas por aquello que no es mío (2008).

Cuerpo

> Tenía visiones de cuerpos extraños suspendidos y moviéndose por las habitaciones, contorsionados en metáforas físicas; existían como sueños sexuales, llenos de deseo y fantasía que desobedecían las leyes físicas de la realidad.
>
> JOHANNA HEDVA, *Minerva. The Miscarriage of the Brain*.

> Algunas personas entienden la libertad como algo que sólo el cuerpo puede llevar a cabo.
>
> PAUL B. PRECIADO, *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*.

Capítulo 1. *Sobre la vulnerabilidad y la corporalidad de las quejas*.

Las quejas no son el punto de partida, ni siquiera cuando éstas son el inicio de algo. Una de las formas en las que podríamos comprender este estudio, es como un ensamblaje DIY de todo lo que queda por fuera cuando nos planteamos poner una acusación formal. La historia de una queja recoge todo aquello que en la institución no entra: lo que es tratado con secretismo, lo que se deja de lado. Sara Ahmed (2021) nos recuerda que poner las cosas a un lado es sinónimo de ocultar. Cuando nos quejamos desde la institución, y a veces contra ella, son muchas las cosas a las que hay que renunciar, que no caben en los limitantes espacios que se conceden al testimonio[1]. Es precisamente el hecho de quejarse lo que a veces ni siquiera tiene lugar, ni en la institución ni en las vidas precarias.

Quejarse es "cómo aprendemos que lo que se deja de lado es a menudo lo que está más cerca del hueso" (Ahmed, 2021, p. 108). Quizá ese lugar sin espacio aparente para nuestras quejas sea el hueso, o más bien la carne. En los siguientes párrafos desarrollaré por qué esta dimensión corporal que es inherente a la queja y su reconocimiento es una de las claves para hacer de ella una efectiva estrategia de resistencia feminista y antisistémica. Sobre aquello que es puesto a un lado, Sara Ahmed (2021) continúa: "son los cuerpos los que pueden almacenar lo que las instituciones archivan, […] los cuerpos pueden conservar también lo que nuestra mente desecha, y es así como llegamos a sentir verdades en nuestros huesos". Quienes defendemos ideas feministas en espacios cotidianos y públicos, conocemos – y muy bien- este sentimiento que encuentra su razón en el cuerpo y en su relación interseccional con el mundo y no en una construcción dominante del mundo.

La queja es un tipo de conocimiento corporal muy preciso, cuya existencia remite a la expresión de una vulnerabilidad o una vulneración ocurrida en el terreno de nuestros propios cuerpos, siempre *aquí* y nunca en otro lado. Nos quejamos porque, en mayor o menor medida, somos conscientes de nuestra vulnerabilidad; pero sobre todo porque hemos sido vulnerados bajo unas condiciones que consideramos injustas, incluso cuando no tenemos las herramientas para determinar por qué lo son. Audre Lorde en su texto *La transformación del silencio en lenguaje y*

[1] Nuestros testimonios pertenecen al ámbito de lo íntimo, lo privado y lo emocional. Cuando las quejas pasan a ser denuncias o acusaciones formales, se produce una institucionalización de nuestro testimonio. Este es un proceso por el cual se reduce y simplifica lo que a nivel personal entendemos por "nuestra experiencia" y el testimonio que deriva de ella, ya que lo que antes pertenecía a la esfera de lo íntimo ahora está dentro del marco legal; y con ello de las formas de legislación propias de una comunidad.

acción (el título podría ser una definición de *queja*) habla de "la importancia de vivir hablando aquellas verdades que creemos y conocemos más allá del entendimiento" (1984, p. 43). Defender el acto de quejarse es una forma de rebelión contra la norma social que hace parecer que si no estás en un lugar de reconocimiento o autoridad, en ese lugar de posesión del "entendimiento"; tu voz no merece ser expresada, "no se te oye bien" o se te escucha "quejándote". Ahmed desarrolla en su libro *Complaint!* (2021) cómo el hecho de que se nos escuche "quejándonos" es una forma de desestimar el contenido de lo que decimos, de hacerlo invisible. Se vuelve invisible porque es complicado de mirar: nuestras reivindicaciones se catalogan como mensajes dudosos, revueltos, confusos, problemáticos.

El testimonio pasa a ser "información sensible". Ahmed (2021) utiliza este término para referirse a la reacción de rechazo que muchas mujeres describen en su entorno cuando hicieron pública información que socialmente es considerada como "sensible"[2], o íntima. Como mencionábamos anteriormente, es común que la confidencialidad sea utilizada por parte de las instituciones como una estrategia para tapar y enmascarar la violencia que opera dentro de ellas. Por un lado, a las mujeres que decidimos llevar nuestras experiencias de acoso, abuso y agresión sexual a una acusación formal, se nos exige que reunamos evidencias e información que soporte la denuncia que queremos llevar a cabo. Sin embargo, es interesante y nos habla del nivel de complejidad en el que actúan estas violencias, cómo dicha información puede recibir reacciones de incomodidad o "herir ciertas sensibilidades" cuando es expresada; o en palabras de Ahmed: "cómo nuestros datos son capaces de tocar un nervio institucional" (Ahmed, 2021, p.85).

Este conjunto de reacciones que funciona como un aviso para no quejarse es parte de un grupo más amplio de advertencias dirigidas especialmente a mujeres: se les advierte sobre las consecuencias de no ser agradables, de no poner a los demás primero, de no tratar de mantener las relaciones con los demás (Ahmed, 2021). Una queja puede ser entonces, un precio a pagar: lo que estás dispuestx a decir o a hacer a pesar de las consecuencias, sean cuales sean esas consecuencias.

> Quienes nos mantenemos firmes fuera del círculo de lo que la sociedad define como mujeres aceptables, […] o lo que es lo mismo, quienes somos lesbianas, quienes somos negras, quienes somos viejas; sabemos que *la supervivencia no es una asignatura académica*. La supervivencia es aprender a mantenerse firme en la soledad, contra la impopularidad y quizá los insultos, y aprender a hacer causa común con otras que también están fuera del sistema. (Lorde, 1984, p.118)

Quejarse puede ser la forma en la que nos mantenemos firmes en un lugar de conflicto, o la negativa a retirarse de aquellos lugares que ocupamos pese a que no fueron destinados para nosotras; pero sobre todo, quejarse expone "cómo nuestra experiencia de vida contradice repetidamente la fantasía colectiva de que nuestro cuerpo es estable, predecible o controlable" (Garland-Thomson, 2011, p.598). Esta discrepancia entre cuerpo y mundo, entre lo que se espera y lo que es, produce ajustes y desajustes. Rosemarie Garland-Thomson (2011) utiliza los términos

[2] Esta reacción de rechazo suele tener como precedente otro rechazo, el de la persona que se queja a las advertencias que recibe por parte de quienes ocupan puestos institucionales o de quienes la rodean y reproducen estas relaciones de poder. Sara Ahmed se hace eco de nuestras historias (y digo nuestras porque aquí veo representada la mía) como datos sensibles a partir del siguiente testimonio:

> Cuanto más insistía en presentar una denuncia formal, más se resistía la institución a atender mi problema; se prefirió claramente la mediación confidencial e informal, porque no implica el hallazgo de hechos ni el hallazgo de culpas. En múltiples ocasiones, alguien que inicialmente parecía ser comprensivo me retiró el apoyo o la preocupación después de que compartí información confidencial, sensible. (citado en Ahmed, 2021 p.85)

anglosajones *fit* y *misfit*[3] para denotar estos encuentros en los que dos cosas se unen en armonía o disyunción, respectivamente:

> Cuando la forma y la sustancia de estas dos cosas se corresponden en su unión, encajan. Un *inadaptado*, por el contrario, describe una relación incongruente entre dos cosas: una clavija cuadrada en un agujero redondo. El problema con un *inadaptado*, entonces, no es inherente a ninguna de las dos cosas, sino más bien a su yuxtaposición, al torpe intento de unirlas. (p. 592)

Unx aprende cómo una estructura está construida cuando no encaja en ella (Ahmed, 2021). El concepto que nos propone Garland-Thomson (2011) de lx inadaptadx es de gran utilidad en el estudio y la reivindicación de la queja como metodología feminista, precisamente porque hace referencia a un encuentro[4] entre cuerpo y estructura, o entre cuerpo y cuerpo-estructurado[5] que no es armonioso porque nunca se produce una adaptación del subordinado al que es dominante; unas veces porque supondría ir en contra de convicciones políticas, personales o de otro tipo y otras porque directamente existe una imposibilidad material.

Poner una queja o el "simple" hecho de quejarse puede ser la historia de cómo un cuerpo se contorsiona, retuerce su experiencia para que ésta se ajuste al formulario, a lo que dicta una ley, al guion académico[6]... Cómo contraemos el cuerpo[7] y cómo la experiencia se encoge para que pueda entrar en según qué espacios, aunque se produzcan daños. Si atendemos a mi lenguaje corporal mientras escribía este trabajo, he de decir que mi cuerpo se ha retorcido en la silla del escritorio en un número de veces y una variedad de posiciones que me sería imposible cuantificar o describir. Comparto aquí mi dolor corporal resultante como una "documentación" (requerida en el guion académico[8]) que corrobora mi "hipótesis" sobre la complejidad que supone intentar encajar temáticas subversivas y rebeldes, como en este caso es la queja, dentro de un ámbito académico y estipulado como este. Efectivamente, es una experiencia común para quienes tratamos formas de conocimiento y prácticas subalternas en nuestras investigaciones académicas

[3] *Misfit*, en el contexto anglosajón, se refiere a "alguien que no se adapta a una situación o que no es aceptado por otras personas porque su comportamiento es extraño o inusual" (Oxford, s.f., definición 1). La reivindicación de este término en su contexto original tiene un mayor efecto subversivo porque la palabra es utilizada con connotaciones vejatorias e incluso como insulto: "*Misfit* es una condición negativa, no deseada, desagradable e indeseable, que es extremadamente incapacitante y dañina" (Vleugels et al., 2019, p.616)

[4] Un encuentro puede ser un enfrentamiento. En su polisemia, la palabra *encuentro* recoge los siguientes significados: "oposición, contradicción" y "discusión, pelea o riña" (Real Academia Española, s.f., definiciones 3 y 4). Esto nos aporta un mayor sentido a la relación de encuentro (fallido, como discordancia o inadaptación) con la queja.

[5] El término cuerpo-estructurado se refiere a cuando es otro cuerpo y no espacios, objetos u organismos sociopolíticos; el que reproduce las dinámicas estructurales en la relación con los demás.

[6] Intentar encajar o adaptar un trabajo al guion académico, implica un trabajo y un esfuerzo complementario. "Adaptarse se convierte en *trabajo*" (Ahmed, 2021, p. 140).

[7] Empecé a identificar la queja con un retorcimiento por dos motivos: uno porque como sabemos la queja también remite a la expresión de un dolor corporal; y en mi experiencia personal aquello que periódicamente reúne dolor, retorcimiento y queja es la regla. La regla es uno de los momentos del mes en los que más me quejo, también en los que más me retuerzo. Traer estos dolores a la existencia a través de reacciones corporales y quejidos creo que tiene cierta potencialidad de ser una sutil victoria feminista. El segundo motivo surge de la obra de Johanna Hedva, que describe su proyecto de arte de acción *The Greek Cycle* (2012-2015) como una obra "llena de historias, torceduras y *revenants*", y define la performance como "un trozo de existencia tozuda, obstinada, con propósito"; "cuerpos contorsionados en metáforas físicas" (Hedva, 2020, p.5). Estas definiciones sobre qué es una performance podrían formar parte de la pluralidad de significados que identifico en el concepto de *queja*.

[8] Véanse apartados *Estructura* y *Metodología* dentro de *Guía breve para TFM* de la Universidad Miguel Hernández, institución en la que se enmarca el presente trabajo de investigación.

ver cómo estas no caben, no se adaptan a la estructura por más que se intente o parecen "insuficientes"[9].

Poner en relación el guion académico con esta investigación y prácticas artísticas en torno a la queja como una metodología feminista fue precisamente como esa imagen de Garland-Thomson (2011) de meter una clavija cuadrada en un agujero redondo. Después de releer ese agujero redondo muchas veces, en busca de fisuras por donde poder desvirtuarlo y que la investigación pudiera fluir, di cuenta de la cantidad de similitudes existentes entre el lenguaje ahí empleado y el lenguaje que se utiliza en el guion para interponer una denuncia por un delito sexual.

En el guion académico, podemos observar que hay un uso reiterado de términos como "demostrar" o "justificar", una forma de denotar que la validez reside en los datos probables, computables, aquello que podemos cuantificar, etc. "[…] Formulada como *afirmaciones* a *demostrar*", "[…] *preguntas a responder*", "[…] para *demostrar* o *resolver* la hipótesis": son algunos fragmentos de puntos que aparecen en el guion académico y que también podríamos encontrar en otros guiones de denuncia, como pueden ser las que están destinadas a delitos sexuales o por violencias machistas. Además, otros puntos donde podríamos establecer similitudes son la petición de "antecedentes" o de una "documentación" que "justifique" o "demuestre" nuestra "hipótesis" y nuestras palabras. También se hace referencia a un lenguaje "bien argumentado", "ordenado y sintético" y "estructurado", como el que se espera de las personas que interponemos denuncias de esta naturaleza en el ámbito institucional.

En medio del proceso de conformación del presente proyecto, se produjo el chispazo que enlazó ambas. Para Audre Lorde, a diferencia de la investigación, esta chispa se encuentra en la poesía, que: "hace que nuestro poder no yazca inerte como un cable desenchufado, desconectado" (1984, pp. 37). Sara Ahmed encuentra esta potencia en las palabras de Lorde y también en la queja, en cómo "expresamos fuera"[10] una violencia: "Para sacar la violencia fuera utilizamos palabras como electricidad, chispa, chasquido. La sacamos, establecemos una conexión con las demás y mantenemos esa conexión viva" (2021, min. 61'). Quejarse como metodología feminista puede aludir al trabajo colectivo de cómo seguimos generando luz[11] sobre aquello que no está

[9] En el ciclo de conferencias *Hay que defender la sociedad* (1976), Michel Foucault explica los "saberes sometidos" o "saberes desde abajo": "toda una serie de saberes que estaban descalificados como saberes no conceptuales, como saberes insuficientemente elaborados: saberes ingenuos, saberes jerárquicamente inferiores, saberes por debajo del nivel del conocimiento o de la cientificidad exigidos" (Foucault, 2000, p.21). Jack Halberstam (2018) habla de las prácticas *queer* en relación con estos saberes considerados históricamente "inferiores" como: "formas de pensar que no se vinculan al orden y al rigor, sino a la inspiración y lo impredecible" (p.22). Podemos localizar el quejarse como una forma de producción de saber y conocimiento dentro de estas interpretaciones.

[10] *Expresar*, en su etimología, viene de la palabra *presión*: "El término expresar viene del latín *expressus* (expresado, claro, manifiesto, hecho salir por presión), formada por *ex* (hacia afuera) y *pressus* (presionar). Tenemos muchas palabras que vienen de *pressus*, por ejemplo: presión, presa, opresión, compresión, presionar" (Etimologías, s.f., def.1).

> Podemos recordar aquí los diferentes significados de la palabra presión: la presión social para seguir un cierto curso, para vivir un cierto tipo de vida, e incluso para reproducir esa vida, puede sentirse como una presión física en la superficie del cuerpo, que crea sus propias impresiones. Estamos presionados en líneas, así como las líneas son la acumulación de esos momentos de presión, o lo que podemos llamar 'puntos de tensión'. (Ahmed, 2006, p. 555)

[11] Audre Lorde, en su texto *La poesía no es un lujo* (1984), escribe:

> *La poesía como iluminación*, pues es a través de la poesía que damos nombre a aquellas ideas que -hasta el poema- están sin nombre y sin forma, a punto de nacer, pero ya podemos sentirlas. La verdadera poesía da a luz al pensamiento como los sueños dan a luz el concepto, como el sentimiento da a luz la idea, como el conocimiento da a luz (o precede) al entendimiento. (p. 37)

esclarecido, señalando las violencias que por norma son mantenidas en la sombra. También, la energía que empeñamos en demostrar la urgencia de nuestras hipótesis y la veracidad de nuestras experiencias, siendo a veces la palabra nuestra única arma. Es ejerciendo el derecho a la palabra que contamos nuestras historias de conflicto, siempre subversivas, porque la historia de la queja a menudo contrarresta la historia de la institución, la historia que ésta quiere contar de sí misma (Ahmed, 2021).

Puede que las cosas se (re)tuerzan tanto cuando nos quejamos, que acabemos contradiciéndonos incluso a nosotrxs mismxs. Quejarse supone lidiar con la contradicción, expresar nuestro enfado a pesar de que ésta vaya a estar presente. Este sería otro de los puntos por los que en este trabajo de investigación se defiende la queja como una estrategia de resistencia –y una especialmente feminista-: por cómo la queja acoge la contradicción como parte constitutiva de sí misma a diferencia de otras expresiones de protesta que únicamente validan los argumentos elaborados y que son coherentes en su totalidad, si es que acaso eso existe.

En un mundo donde a las mujeres se nos educa en la cultura patriarcal del silencio y de la petición constante de permiso, donde nuestras declaraciones siempre tienen que estar sujetas a argumentaciones elaboradas y explicaciones que justifiquen cada acción que tomamos, considero que una herramienta que nos permita contradecirnos y llevar la contraria es ciertamente subversiva y liberadora. Llegar a este lugar de aceptación de la contradicción denota también un saber sobre el mundo y el sistema en el que vivimos, como dice Miquel Missé: "tenemos contradicciones porque a la vez que tenemos deseos utópicos, de una vida más justa, queremos habitar y ser queridxs en una que no lo es" (2020, min 47').

Para algunos cuerpos y quejas su discordancia es tan fuerte con la norma, que no sólo se produce una reducción de su radical heterogeneidad cuando estos son puestos en la perspectiva hegemónica[12], sino que además sistemáticamente son excluidos de los espacios de visibilidad y del propio lenguaje. Esto en otras palabras quiere decir que se les niega la existencia. Quiero nombrar a tres referentes cuyas "quejas" remiten a esta violencia que confina a ciertos sujetos a los límites de lo narrable. Porque la experiencia de quejarse contra el sistema muchas veces sucede ahí. Quiero nombrarles porque, como dice Sara Ahmed, "en el feminismo nos citamos entre nosotras para existir" (2021, párr.11).

La primera referencia que quiero in*corporar* es un fragmento del documental *El test de la vida real* (2009) de Florencia P. Marano en el que aparece el activista trans Miquel Missé[13]. Quiero darle un lugar y un espacio porque él fue la primera persona a la que escuché poner palabras, precisamente, a lo que es vivir sin tenerlas:

> El bloqueo más grande que tengo, (*rectifica*) que he tenido, […] es que, no me gusta mi cuerpo, no me gusta hablar de mi cuerpo, y no encuentro palabras para hablar de mi cuerpo. Todas las palabras que conozco están tan ancladas en una lógica biológica que me hacen sentir mal, entonces no las puedo utilizar […]. (Min. 7')

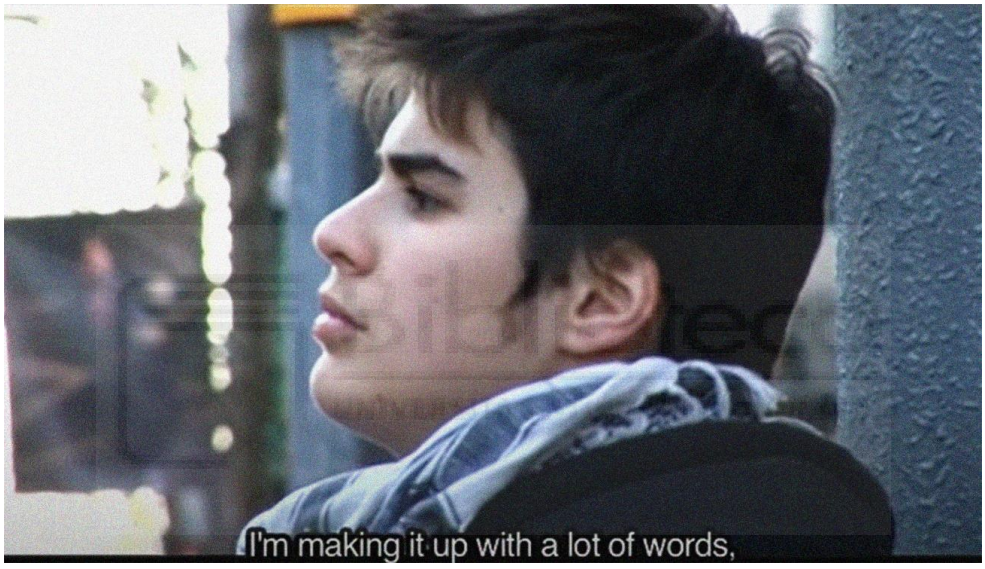
[12] Véase Preciado, Paul B. (2019). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Pp. 169-173. Y Sol, Jo *Fake Orgasm* (2010) [película documental].

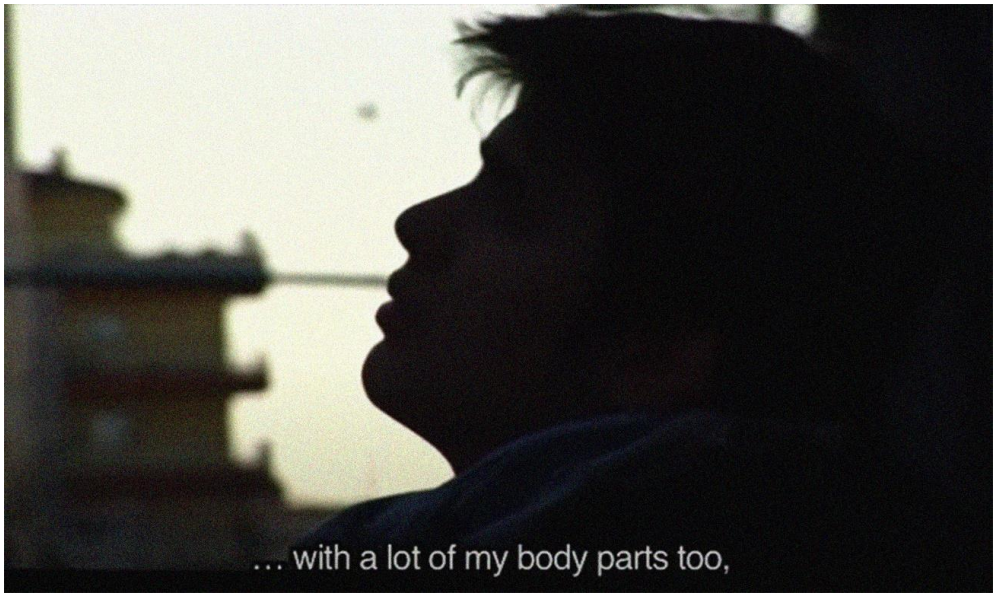
[13] En el discurso de Missé podemos observar el empleo de términos como *límite*, *bloqueo*, *palabra*, *existencia*. También he decidido incluirlo y relacionarlo con la queja porque me inspira como testimonio por su persistencia. En la figura del activista veo la historia de cómo hacemos porque nuestras quejas, nuestros motivos de desaliento; perduren. Cuando aparece entrevistado en el documental de *El test de la vida real* (P. Marano, 2009), Miquel Missé tenía casi la misma edad que yo mientras escribo este texto sobre la queja. Trece años después él sigue interrumpiendo sin tregua la verdad del sexo y el género en el contexto español.

La experiencia de quejarse también comprende instantes o periodos de tiempo donde hay una ausencia de las palabras. Vemos cómo quienes no cumplen las categorías que rigen la existencia en nuestra sociedad: sexo, género, raza, clase, movilidad, edad, etc. como sujetos privilegiados lidian en mayor o menor medida con este problema, y también con la falta de espacios donde poder expresarlas. Cuando los espacios están destinados a determinados usos, también tienen unos determinados cuerpos en mente (Ahmed, 2021).

Tras unos instantes, Missé continúa:

> He tenido mucha suerte de encontrarme con gente que me ha hecho pensar que quizá mi cuerpo es bello. […] Me estoy reconciliando con muchas palabras; me estoy reconciliando, con muchas partes de mi cuerpo también, y creo que estoy encontrando un espacio, aunque no sé cuáles son sus *límites*, […] en el que no me siento violento porque exista mi cuerpo. (Marano, 2009, min. 8')





Figuras 1-2. Miquel Missé en Florencia P. Marano, *El test de la vida real* (2009). Imágenes tomadas del documental.

Encontrar palabras puede ser una forma de reconciliación con nuestro cuerpo, con unx mismx. Una queja puede hablar del esfuerzo y el trabajo que se requiere para liberarse de un "bloqueo", como lo llama Missé; uno que no permite entrar, que no permite ser. Ahmed (2021) habla de cómo percibimos las puertas especialmente cuando éstas nos restringen la entrada a un espacio, cuando nos topamos con ellas. La queja remite a ese tipo de encuentro brusco pero también al encuentro de palabras; de grietas (en las barreras del lenguaje). Y la denuncia de la falta de ellas.

A veces nuestras denuncias se convierten en una reivindicación. De hecho, quejarse casi siempre implica una puesta en valor de aquello que por norma no lo tiene. *In My Language* (2007), de Amelia Baggs, es una pieza paradigmática en lo que la reivindicación de la existencia de otros lenguajes se refiere. Su autora la describió como "una fuerte declaración sobre la existencia y el valor de muchos tipos diferentes de pensamiento e interacción" (Baggs, 2007, s.p.). Cuando se realiza una reivindicación de la diferencia, una queja sale a la superficie. Quejarse es entrar en desacuerdo con lo que es considerado "normal", un cuestionamiento de lo establecido: "lo que es reconocido como pensamiento, inteligencia, personalidad, lenguaje y comunicación, y lo que no se considera como tal" (Baggs, 2007, s.p.).

> Fracasar en aprender tu lenguaje es visto como un déficit, mientras que fracasar en aprender el mío es visto como muy natural. Que gente como yo sea oficialmente descrita como misteriosa y confusa en vez de admitir que son ellos mismos los confundidos, y no la gente autista o con otra discapacidad cognitiva quienes están confundidos por naturaleza. Nosotros incluso somos vistos como no-comunicativos si no hablamos el lenguaje estándar pero otra gente no es considerada no-comunicativa si son desconocedores de nuestros propios lenguajes, *ya que creen que no existen*. (Baggs, 2007, min. 6'-7' 16")

Quejarse puede ser negarse a repetir el lenguaje estándar. "Dime cómo te sientes, pero no lo digas con tanto enfado o no podré oírte"[14]. Una queja puede ser recibida como una forma de expresión "no-comunicativa": una persona que se queja es comúnmente descrita como "alguien con quien no se puede hablar", que "no quiere arreglar las cosas" o que "no puede dejar las cosas como están". En párrafos anteriores, empleando las palabras de Sara Ahmed, ya mencionamos cómo ser escuchadx como quejándose es no ser escuchadx: "Escuchar a alguien quejándose es una forma efectiva de desestimar a alguien. No tienes que escuchar el contenido de lo que dice si 'sólo se queja' o si 'siempre se está quejando'" (2021, p.1).

Cuando repetimos nuestro desacuerdo porque no se nos escucha, entonces nuestras quejas empiezan a verse como una "distracción", una "molestia". "Quejarse es como si estuviéramos distrayendo a alguien de hacer un *trabajo importante en otro lugar*"[15] (Ahmed, 2021, p.2). Quienes son considerados sujetos "molestos" tienen mucho que enseñarnos sobre la queja, sobre las políticas de cómo se recibe a ciertas personas cuando hablan; enseñarnos qué implica y qué se necesita para rechazar un mensaje sobre quién es importante, sobre qué importa (Ahmed, 2021). Reivindicar los feminismos u otras realidades subalternas como las migrantes, las *queer*, las

[14] En el texto *Usos de la ira: las mujeres responden al racismo* (1984), Audre Lorde cita esta frase que le fue contestada por una mujer blanca en una conferencia académica, mientras Lorde se pronunciaba "de manera directa y concreta sobre la ira" (Lorde, 1984, p. 125).

[15] Ahmed desarrolla este punto en base al testimonio de Lorene Cary (1991), una mujer afroamericana de clase trabajadora que escribe sobre cómo "el jefe blanco de una tienda miraba a mi madre y no veía más que a una joven negra modestamente vestida que le distrae con sus quejas" (Cary citado en Ahmed, 2021, p.1), y cómo reacciona su madre ante esto:

> Ha llegado a conocer las reacciones de su madre; ella puede sentirlas a medida que suceden. […] Describe cómo su madre había 'estudiado' a los 'blancos ricos' para los que había trabajado, cómo lo había hecho antes la madre de su madre, y cómo Cary 'estudió' a su madre. […] Nos muestra cómo el conocimiento afrofeminista puede transmitirse a través de la intimidad, con reacciones corporales. (Ahmed, 2021, p. 2)

antirracistas o las anticapacitistas –entre otras-, en ciertos espacios de poder, sigue siendo visto a día de hoy como una distracción de lo que es "verdaderamente importante"; algo que le quita tiempo y recursos a los que, para los sectores más reaccionarios, sí que se consideran "problemas reales"[16].

Como expresa Baggs (2007), este fracaso en comprender nuestras realidades y reivindicaciones no sólo es visto como algo natural y lícito, sino que además es responsabilidad de lxs oprimidxs. "A las mujeres se nos pide que nos esforcemos en salvar el abismo de la ignorancia masculina y eduquemos a los hombres para que aprendan a reconocer nuestra existencia y nuestras necesidades" (1984, p.119). Audre Lorde se quejaba de esta violencia que "desvía nuestras energías" de subversión en *Las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo*, un discurso que expuso "a última hora" en un congreso académico en el año 1979[17] y al que todavía a día de hoy le encontramos sentido: "Esa elusión de responsabilidades, ese lavarse las manos, […] todos los opresores se han servido siempre de esta arma básica: mantener ocupados a los oprimidos con las preocupaciones del amo" (1984, p.120). Retomaré en el próximo capítulo, destinado a estudiar la queja y su temporalidad, el uso institucional de estas herramientas que nos mantienen ocupadas y nos ralentizan en el proceso de poner una queja formal.

Quejarse puede ser la historia de cómo redirigimos nuestras energías desde la desviación. También de cómo decidimos responder ante el desentendimiento (y a pesar de él), ante la invisibilización, ante ese "lavado de manos" de las instituciones que nos sobrecarga de culpas, trabajos y responsabilidades individuales que se alojan *cerca del hueso*, en nuestros cuerpos. Cargamos con ellas porque, como apunta Missé (2018), la ética individualista en la que vivimos inmersos "no señala la responsabilidad de las estructuras sociales en nuestros malestares" (p.146). Podemos aprender de quienes se quejan cómo redirigir estas responsabilidades que se nos hacen pesadas, podemos aprender también a repartirnos ese peso; colectivamente. La queja como metodología feminista habla de cómo nos tenemos que hacer cargo de la violencia que las estructuras producen para posteriormente desentenderse. Y de hacer ese esfuerzo juntxs.

In My Language (Baggs, 2007) y el pequeño fragmento de *El test de la vida real* (P. Marano, 2009) donde Missé expresa el malestar que le genera no encontrar palabras para hablar de su cuerpo, son testimonios críticos y muy honestos que surgen desde la ininteligibilidad social. Habitar estos espacios y cuerpos, y expresarse desde ellos, requiere de un trabajo extraordinario: un trabajo que podríamos llamar lucha, y lo denomino extraordinario porque no todxs la hemos tenido que hacer. Como mujer blanca y cis, y con los privilegios que esto conlleva, mi existencia no se ha visto forzada a tener que defender la forma en la que interacciono con el mundo, ni he tenido la sensación de que no haya palabras para referirme a mi cuerpo (ni siquiera en los momentos en los que no las he encontrado). Sin embargo, es en referentes como estxs donde considero encontrar *mi* voz, esa con la que me quejo y esa con la que escribo trabajos de investigación académica[18]; una voz, cambiante, "que no es simplemente una ni simplemente mía" (Preciado, 2019, p.172). La queja como metodología feminista implica repensar nociones como la de *voz*, usarla y colectivizarla; construir nuestras quejas con otras quejas, y tomar las quejas de otras como nuestras, acogerlas como propias.

"Una voz que no era hasta ahora la mía busca refugio en mi cuerpo y se lo voy a dar" (p.170). Quizá quejarse tenga que ver con cómo anunciamos que dejamos abierta la puerta de nuestro

[16] Nótese cómo, en este tipo de discurso en el que se nos responde a nuestro enfado con desprecio aludiendo a que existen otras problemáticas más "reales", el poder coloca nuestras realidades de nuevo en la inexistencia.
[17] "¿Qué significa en el aspecto personal y político que las dos únicas mujeres negras que hemos tenido voz en este congreso hayamos sido convocadas a última hora?" (Lorde, 1984, 116).
[18] Puede comprobarse en el apartado de *Bibliografía*.

cuerpo a otras voces[19]. Paul B. Preciado (2019) compartía estas reflexiones sobre la voz en su libro *Un apartamento en Urano: Crónicas del cruce* (2019), cuando la administración de testosterona produjo que su cuerpo "cambiara de voz" hacia una nueva reconocida socialmente como "simplemente" masculina. El tercer fragmento que quisiera incluir sobre ininteligibilidad e inexistencia es parte del texto *Mi cuerpo no existe* (2019), perteneciente también a este libro:

> A medida que me acerco a la adquisición del nuevo documento me doy cuenta con pavor de que mi cuerpo trans no existe ni existirá ante la ley. Llevando a cabo un acto de idealismo político-científico, médicos y jueces niegan la realidad de mi cuerpo trans para poder seguir afirmando la verdad del régimen sexual binario. Existe entonces la nación. Existe el juzgado. Existe el archivo. Existe el mapa, […] Existe la ciencia. Existe incluso dios. Pero mi cuerpo trans no existe. (p.217)

Enunciar esa serie de ficciones políticas que en nuestra sociedad parecen incuestionables, se convierten en un cuestionamiento cuando éstas son puestas en relación con cuerpos y subjetividades que son negados por el sistema, precisamente porque su existencia supone una contradicción en sí misma de todas ellas. Es importante aludir al propio carácter de construcción ficcional que es intrínseco a las ficciones dominantes que nos rodean, ya que encuentran su fortaleza en la negación de este aspecto (Rancière, 2008)[20].

Así pues, podríamos comprender *la queja como metodología feminista* en sintonía a lo que Rancière considera el trabajo del arte político, como creador de disensos: "No son creaciones imaginarias opuestas al mundo real […], es un trabajo que crea disensos, que cambia los modos de representación de lo sensible y las formas de enunciación cambiando los marcos, las escalas o los ritmos". (Rancière, 2008, s.p.). Encontramos el potencial subversivo de la queja en ese instante revolucionario, en la capacidad de interrumpir el dominio de lo sensible para generar otras ficciones de lo real. Es la forma en la que damos nombre a lo que aún no lo tiene, para que así pueda ser pensado (Lorde, 1984, p.37). De ahí que este tipo de formas de producción de conocimiento revolucionarias surjan y se reivindiquen desde la fricción de nuestros cuerpos con las fuerzas del mundo que lo rodean:

> No lo ves, pero es eso, esa imagen del mundo como cuerpo vivo que produce en tu cuerpo estados muy fuertes, muy precisos, pero que no tienen palabra, no tienen imagen ni tienen texto. No tienen nada. No es que no sean reales, son absolutamente reales (Rolnik, 2019, párr.4).

Quejarse es una vía posible para traer estos afectos a la existencia: una queja es la materialización de un dolor corporal, de algo que nos produce enfado o rabia, de una intuición[21], de experiencias

[19] "No estás sola", "… somos todas" o "Yo sí te creo" son gritos y movimientos feministas colectivos que denotan este aspecto.

[20] En el texto *Estética y política: Las paradojas del arte político* (2008) Jacques Rancière expone:

> El problema de la relación entre el arte y la política no es la transición de la ficción a lo real sino una relación entre dos maneras de producir ficciones. Lo que caracteriza la ficción dominante, la ficción consensuada, es precisamente negar su propio carácter de construcción ficcional. Pasar por lo real en sí mismo. Pretende trazar una línea divisoria simple entre el ámbito de este real y el de las representaciones y apariencias, de las opiniones y las utopías. (s.p.)

[21] Cabe mencionar la importancia que tiene la intuición en una estrategia de resistencia feminista como es quejarse. Podemos relacionar la queja con la intuición basándonos en diversos aspectos: comparten una visión patriarcal que las sitúa a ambas en la inferioridad o la ignorancia (Rolnik, 2019), como parte de esos saberes rechazados por ser insuficientemente científicos (Foucault, 2000) y que además "culturalmente y no biológicamente", han sido a lo largo de la historia "más empleados y desarrollados por las mujeres" (Rolnik, 2019, párr.12). La figura de la "quejica" (*complainer*, en la teoría de Sara Ahmed) es también prototípicamente un sujeto femenino, o parte de la subalternidad, precisamente por la desvalorización que el poder ejerce en las realidades y las manifestaciones que provienen de un lugar que no es el privilegio o

que no podemos o no sabemos cómo demostrar. Vemos cómo los feminismos se alían con la queja cuando el simple hecho de expresarlas nos parece suficiente para confiar en su contenido, quejarse demuestra que ese dolor existe. Creemos unas a otras sin exigir presentar pruebas o declaraciones elaboradas porque las experiencias que describen nos remiten a experiencias propias.

Para concluir con nuestra lectura de *Mi cuerpo no existe* (2019), Preciado toma esta materialidad del cuerpo (comprende la potencia deseante que lo moviliza y que es representativa de la obra del autor), como reivindicación sólida, matérica e irrefutable de su existencia:

> Mi cuerpo trans es una paradoja epistemológica y administrativa. […] Mi cuerpo trans se vuelve contra la lengua de aquellos que lo nombran para negarlo. Mi cuerpo trans existe, como realidad material, como entramado de deseos y prácticas, y su inexistente existencia pone todo en jaque: la nación, el juzgado, el archivo, el mapa […], la ciencia, Dios. Mi cuerpo trans existe. (p. 218)

Una queja puede ser la acción de volverse contra *esa* lengua, la lengua de aquellos que nombran para negar, expulsar, prohibir, parar, estancar, eclipsar… Otras posibilidades de vida y existencia, maneras otras de resistir; una queja es plantarle cara al poder y decir BASTA[22]. Las quejas son un grito, un NO. Muchos NOs, a veces tantos que no se pueden contar. Pero ahí están. *Ahí estamos*. Creando deseo desde la costumbre[23].

La queja como metodología feminista habla de poner nuestros cuerpos en marcha; cómo nos endurecemos, cómo actuamos desde la intranquilidad y la impaciencia. Hacer uso de nuestros cuerpos para mirarnos unas a otras, esa "mirada cómplice"[24] tan sutil y a la vez tan poderosa del feminismo… Estas quejas de las que hablo son estrategias de resistencia, y desde ahí unx también puede construirse: cuando nos quejamos en alto adquirimos existencia, e incluso, puede que la potencia de nuestro desacuerdo actúe como un fenómeno formativo. Según Judith Butler, cuando alguien dice 'no' al poder, dice 'no' a una forma particular en la que el poder le está modelando. En este sentido, decir 'no' es como si dijéramos 'yo', así, vemos cómo la negación también participa de la formación del 'yo' (2008, párr.2).

La queja como metodología feminista es reconocer cómo nuestro enfado nos constituye y nos levanta, trabajar nuestra voluntad de desobedecer como una forma de trabajar *en* y *para* construirnos a nosotrxs mismxs.

---

lo que se considera "razón". La intuición es, asimismo, un saber indemostrable en los términos hegemónicos que basan la veracidad en lo "visible" y en la información computable; y de esta misma invalidez sufren las quejas cuando son expuestas en un ámbito institucional o de poder.

[22] Véase Missé, Miquel. (2018). *A la conquista del cuerpo equivocado*:

> Sentarse frente a frente con la idea de que nuestros cuerpos nacieron equivocados y decirle BASTA. Nuestros cuerpos están bien, el problema es cómo se interpretan ciertas partes de nuestro cuerpo en una sociedad como la nuestra; los significados y las connotaciones que tienen. (p.169)

[23] Véase Ahmed, Sara. (2018). *Manifiesto del NO*.

[24] Se toma el concepto de "mirada cómplice" que María Galindo describe en *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar* (2013):

> Una mirada cómplice, es una mirada que alcanza a ver sólo lo que le rodea. Puedo ver con mayor claridad a la porción de mujeres que me rodean, las mujeres bolivianas. […] menos aún puedo ver a las europeas o a las norteamericanas… porque eso se escapa de mi vista, a mi intuición, a mi percepción, a mi sensibilidad y a mi complicidad inmediata. (p.140)

La "mirada cómplice" (Galindo, 2013) podría entenderse como un tipo de "pensamiento situado" (Haraway, 1995).

Como se ha expuesto en este capítulo, reconocer estos NOs que nos conforman siempre será una forma de reconocer y poner en valor nuestra vulnerabilidad. Y como Butler (2004) nos recuerda:

> "Reconocer nuestra vulnerabilidad encarnada es *ya* una forma de justicia sociopolítica".

Biblioteca
UNIVERSITAS Miguel Hernández

Capítulo 2. *La queja: temporalidades y formas*.

Hablar para la pared es una expresión que se emplea cuando sientes que no estás siendo escuchada, a pesar de estar hablando. *Hablar para la pared* es una queja[25].

En mi recuerdo, esta es una frase dicha por mi madre[26]. Siempre por mi madre y nunca por mi padre. No tengo memoria alguna ni de él, ni de cualquier otro sujeto masculino diciéndola. En mi casa mi madre era la única que hablaba con la pared. Hasta que crecí, entonces fuimos dos.

Es una de las tantas cosas que tenemos en común ella y yo. *Hablar con las paredes*, también, pero me refería a quejarnos. De una manera, bajo unas condiciones y en una temporalidad radicalmente distinta a la de mi padre, o cualquier otro sujeto que sea considerado a sí mismo y por los demás como la autoridad competente de la institución familiar, estatal o de cualquier otro tipo. Cuando un sujeto privilegiado da órdenes, este puede sentir que no se le obedece, si acaso que no está siendo oído: "¿Me estás oyendo?", pero por lo general, no siente que no haya sido escuchado. Ser la autoridad, por derecho estructural y patriarcal, omite la parte de sentirse escuchado o no. Un sujeto dominante no se queja de que no se esté produciendo una comunicación, sino de que no se efectúe una orden: la primera –y principal-, no estar cumpliendo el mandato social que le coloca a él como la autoridad y a mí como el sujeto sumiso y obediente.

Por esto mismo, me pregunto si acaso podemos decir que estos sujetos privilegiados se "*quejan"*. Considero que es urgente diferenciar las expresiones de desacuerdo que tienen una intencionalidad reaccionaria frente aquellas que se erigen con un potencial subversivo. Por eso, conservaré el término *queja* para quienes creamos desorden y les otorgaré otro, más preciso, a aquellos que están tan preocupados por mantenerlo: éstos hacen "llamadas al orden". Propongo diferenciar las quejas que llaman al cambio de otras expresiones que producen llamamientos al orden, en las que además, al orden lo llaman razón.

Quejándonos aprendemos que el lugar de nuestras quejas –la brecha, la grieta, la herida, etc.- está densamente poblado (Ahmed, 2021). También aprendemos que el espacio de la reacción no está exento de concurrencia. Estos últimos son espacios que se dan y que se toman para hacer "llamadas al orden", "toques de atención"; que pueden obstaculizar nuestro deseo de cambio

[25] En *Complaint!* (Ahmed, 2021) también encontramos una referencia a *hablar con la pared*: "Una conversación puede ser otra pared más; cuando nos quejamos podemos sentir que estamos 'hablando a una pared', que es otra forma de pensar la queja como un trabajo comunicativo, expresivo" (p.35). La queja de *hablar para la pared* remite a un diálogo, una conversación que no está siendo posible o no se hace efectiva.

[26] *Hablar para la pared* es una queja que señala el elemento de la pared o el muro no sólo como estructura, sino como estructura de poder. Los muros en su función más básica, ya suponen las estructuras de un edificio; crean una diferenciación, un límite, un espacio cerrado. Estos además pueden y son utilizados para transmitir la herencia de las estructuras del poder: los muros son siempre un lugar donde se exhibe el poder o la tradición, tradicionalmente exponemos ahí nuestra herencia, nuestro éxito, en forma de diplomas de grado, fotos de matrimonio o de la familia que se cuelgan de éstos (véase Ahmed, 2014); por eso también son un lugar típico donde se expresa el enfado o el desacuerdo por parte de la subalternidad, siendo acciones representativas del imaginario de la protesta golpear paredes institucionales, pintar graffitis en ellas con mensajes de denuncia, etc (véase García, 2021). Esta expresión también refleja los muros como un elemento que genera desigualdad en tanto que silencian y ocultan: cuando mi madre hace uso de esta frase, se está quejando de cómo las estructuras cortan un intento de comunicación y de cambio porque no fueron hechas para tener en cuenta a determinados sujetos, como ella. Que sea expresada en situaciones límites por el cansancio que produce repetir la misma cosa sin que esta se haga efectiva, nos habla también de un esfuerzo y un trabajo previo que ha sido desoído.
Esta queja va dirigida a una o varias personas, a veces ha sido a mí misma. Este aspecto denota que la persona interpelada está reproduciendo en su propio ser, cuerpo y conductas el sistema y las estructuras de poder que hacen que unos sean más tomados en cuenta o escuchados que otros. Con esta frase mi madre evidencia que estas estructuras físicas, estructuras de poder, pueden ser y son reproducidas en menor escala (o mayor si pensamos como conductas sociales) en nuestros cuerpos y procesos y dinámicas de la vida cotidiana (Foucault, 1978).

porque funcionan como advertencias[27]: "No sigas por ahí…", "como no te calles…", etc. Las advertencias dirigen nuestra atención a las consecuencias: lo que *te* "ocurrirá" si decides desviarte del camino establecido, lo que *te* "va a pasar" si rechazas lo que antes habías soportado. Las advertencias sitúan la responsabilidad de las consecuencias en quienes las reciben, y hallan su poder en que apelan al futuro; es decir: a los proyectos, a los sueños, a los peligros, a las aspiraciones, a lo contingente, a las expectativas[28], a las fantasías, a lo imaginable, al deseo...

Sara Ahmed (2021) denomina "fatalismo institucional" al conjunto de advertencias que unx recibe si procede con una denuncia o una acusación formal, y que vaticinan un futuro fatal, que parece inevitable. Quejarse dentro de la institución –o contra ella- se presenta como algo determinante para nuestras vidas: algo que *determinará* nuestro futuro, nuestra trayectoria profesional y vital, nuestras relaciones personales, etc[29]. Por eso, en los imaginarios dominantes la queja se sitúa tan cerca del arrepentimiento; porque además quejarte tiene el fantasma de ser irreversible[30]. Y porque además, como se mencionó en el capítulo anterior, es un truco muy típico del poder localizar la responsabilidad de las violencias en el cuerpo individual y no en las estructuras que las producen (Missé, 2018).

"A quienes presentan quejas, se les advierte con frecuencia sobre las consecuencias de quejarse. […] Al advertir a personas de que no se quejen, se les está diciendo que eviten quejarse como una forma de evitar ponerse en peligro" (Ahmed, 2021, p.71). Pensemos de nuevo en estas advertencias que en la escritura terminan con puntos suspensivos… Advertencias que cuando se dicen, omiten la parte de la consecuencia o el peligro. Si no se dicen es porque la persona que recibe el mensaje ya sabe cuáles son. No son sólo ese *no sigas por ahí*…, son advertencias que también nos decimos las mujeres entre nosotras, para protegernos. Una antigua profesora mía compartía la siguiente reflexión: cuando somos pequeñxs nuestras madres nos alertan de todos los peligros, "ten cuidado que quema", "ten cuidado con *eso*, ten cuidado con lo *otro*"… Pero hay un momento en la vida de las mujeres que nuestras madres dejan de advertirnos sobre los peligros. Cuando salimos por la puerta, sólo nos dicen "ten cuidado"; y a esa frase ya no le prosigue nada más. "Un 'ten cuidado' se volvió suficiente porque yo ya sabía a qué se lo debía tener" (De la

[27] Su condición de advertencia aparece ya en las propias definiciones de ambos términos. Como podemos observar en "*toque de atención*: llamamiento, indicación, advertencia que se hace a alguien" (Real Academia Española, s.f., def. 1) y "*llamar a alguien al orden*: advertirle con autoridad que se atenga al asunto que ha de tratar, o que guarde en sus palabras o en su conducta el decoro debido" (Real Academia Española, s.f., def. 1).

[28] "Generar una expectativa" puede emplearse como recurso por parte de las instituciones con la intención de obstaculizar o detener un proceso de queja. Como explica Ahmed (2021), una expectativa "puede ser lo que recibas: asentir con la cabeza puede expresarse como un compromiso de proceder con la denuncia. [...] Cuando le dejas tu queja a alguien y no pasa nada, la queja se queda con ellos; se asienta allí" (p.81). Esta acción de asentir con la cabeza para dar unas expectativas vacías, sirve como ejemplo del concepto "no-performativo" (*nonperformative*) que Ahmed utiliza para designar "los actos de discurso institucionales que no hacen efectivo lo que nombran" (2006, p.3).

[29] Quisiera puntualizar que la crítica al "fatalismo institucional" de ninguna manera implica negar la existencia de estas consecuencias que se viven y se sufren desde la posición de la subalternidad cuando erigimos nuestras quejas dentro y/o contra la institución. Se cuestiona el uso utilitario de estas consecuencias para infligir un miedo que imposibilita buscar formas más justas de habitar nuestros espacios cotidianos; que nuevamente nos reafirman en ese sujeto pasivo, impotente, como única posibilidad de existencia para quienes no son el sujeto hegemónico. También se trae aquí para invitar a la reflexión dentro de los espacios feministas u otros movimientos por la justicia social, para proponer una revisión de cómo una advertencia puede reafirmar una repetición normativa si ésta se expresa como si tuviera un carácter intrínseco, esencial o ineludible.

[30] Cuando este mensaje se repite, una queja ya no es algo de lo que te puedas arrepentir, sino que es algo de lo que te *vas* a arrepentir. Podemos encontrar frases en nuestro imaginario que denotan este aspecto, por ejemplo "no digas nada de lo que te puedas arrepentir".

Colina, comunicación personal, n.r.l.f.[31]). Es de estas omisiones, que aprendemos la violencia machista como un saber profundo y silencioso, la historia de estas advertencias es la historia de cómo la violencia nos llega a resultar incluso *familiar*. En piezas como *El cuidado* (2017), *Instrucción invisible* (2018) y *Como Dios manda* (2017), la artista Gema Polanco reflexiona sobre cómo el sexismo opera como un sistema de creencias que es traspasado en la institución familiar de unas a otras, de generación en generación; a través del cuidado y el cariño[32]. A veces, puede que incluso sea traspasado como un saber feminista: tener "conciencia feminista" puede sentirse como "estar en alerta" o "estar al tanto de todo" (Ahmed, 2021) en lo que al reconocimiento de las violencias machistas se refiere. Quienes están alerta son capaces de alertar a las demás.

Biblioteca
UNIVERSITAS Miguel Hernández

Figura 2. Gema Polanco. *Como Dios manda*. (2017). Imagen cedida por la autora.

Algo nos resulta "familiar" porque ya ha ocurrido en el pasado, ya se ha repetido más de una vez; puede que incluso sea "lo habitual". Ahmed nos recuerda que "lo habitual, es lo estructural puesto en forma temporal" (2021, p.117). Cuando esta violencia se repite y pasa a formar parte del día a día unx se acostumbra a ella, o mejor dicho, unx se *tiene* que acostumbrar a ella. Entonces, "este problema puede retroceder, alejarse; puede volverse un segundo plano, puede ser nuestro contexto" (Ahmed, 2021, p.117). Esta familiaridad con las violencias sistémicas que se tornan ambientales, violencias que se respiran, puede ser la razón por la que ni siquiera demos cuenta de

[31] No Recuerdo La Fecha.

[32] Sobre *Como Dios manda* (2017), Polanco escribe:

> Como objeto de estudio parto de las relaciones de opresión y poder que se producen entre mujeres dentro de un mismo ámbito familiar, el papel de la mujer como reproductora, víctima y cómplice de un sistema opresivo y las tácticas y herramientas empleadas para este explorando no las agresivas formas de opresión que todos conocemos, si no las más sutiles y como estas te moldean a través del cariño, consejos, cuidado o chantaje emocional como "el qué dirán", "es por tu bien" o "hacerlo como dios manda". (Polanco, 2017, s.p.)

ellas. En este sentido, no darse cuenta de algo puede ser un reflejo de lo mucho que sabemos sobre algo (Ahmed, 2021). Esto viene dado por nuestra historia cotidiana, que es una recopilación de quejas que nos guardamos porque si nos quejáramos de todo lo que sentimos y *sabemos* que es injusto, de todas las violencias sistémicas que nos tocan; nos estaríamos quejando todo el tiempo.

Sin embargo, pese a que muchas de nuestras quejas no salgan a la superficie, la visión patriarcal de que los sujetos subalternos "nos quejamos todo el tiempo" persiste. Como mencionamos en el capítulo anterior, estas estrategias del poder construyen una imagen de los sujetos (in)subordinados que se quejan como sujetos "cansinos" o "molestos", para legitimar así la falta de escucha estructural[33] que existe hacia su palabra.

"Ya viene esta otra vez…". En discursos de esta índole vemos cómo los sujetos reaccionarios ponen el foco en la persona que se queja, pero de una manera despectiva, con el objetivo de desestimar el contenido de lo que está diciendo; de hacerlo inaudible. Por ejemplo, para este discurso las feministas no son feministas y punto, las feministas son "las feministas de turno". Es una forma de llamar la atención sobre nosotras pero también de llamarnos la atención *a* nosotras. Estas llamadas al orden a veces se dicen palabra por palabra y otras veces se dicen con una mirada, un gesto; y son llamadas o toques de atención que nos advierten que estamos ocupando espacios que no estaban destinados a nosotras.

En este sentido, además de llamadas al orden podríamos hablar de llamadas de atención. Éstas surgen como reacción cuando se interrumpe la norma establecida, dando lugar a que un privilegio sea cuestionado. Cuando nos quejamos estamos redirigiendo el foco de atención a una problemática que nos atraviesa. Cuando nos quejamos desde una posición de subordinación, estamos alterando una jerarquía de valores; redirigimos y llevamos la atención a otros lugares distintos al que por norma lo debería tener o lo ha tenido "siempre".

Pensar la ola reaccionaria como una "llamada de atención" puede tener sentido si atendemos a las condiciones de su surgimiento: basta con que la atención se desvíe un poco de lo que históricamente la había capitalizado; es suficiente con una pequeña expresión de libertad, de autonomía… Siguiendo esta lógica de la reacción, los sujetos que ordenan son construidos como carentes de paciencia, y los sujetos obedientes como comprensivos y pacientes[34]. Al asumirse y legitimarse esta verdad social, sólo son los sujetos "sumisos", generalmente mujeres, los que son objeto de crítica por su falta de paciencia; y simultáneamente, este aspecto es legitimado en el caso de los sujetos dominantes porque se les construye desde ahí. Esta crítica se articula como un toque de atención por no haber seguido el rol para el que estamos destinadxs de acuerdo a una sociedad machista; además de heterosexista, capacitista, racista y clasista. Es a través de este sistema de valores y de producción de sentido que nuestra impaciencia se coloca en el afuera de la razón, sin atender a su contexto, como si se diera sin motivo[35]. Así, el poder legitima que sean

[33] Es importante no sólo atender a la escucha institucional, sino también a la respuesta. A veces acceder a escucharnos puede ser una forma de desestimarnos, puede que lo único que obtengamos sea un espacio donde expresar nuestro motivo de desacuerdo en la confidencialidad. Desde la institución, a veces con su falta de acción se envía el mensaje de que con escucharnos es suficiente, es como si ya se hubiera resuelto la queja. Sin embargo, esto tampoco posibilita ningún cambio.

[34] Para comprender y situar el surgimiento de esta construcción moderna de las mujeres como sujeto pasivo y la represión de la emocionalidad desde una perspectiva de género me he servido de libros como *El contrato sexual* (Pateman, 1995) o *La fantasía de la individualidad* (Hernando, 2018).

[35] De ahí que, según conveniencia patriarcal, se nos siga identificando como "locas", "histéricas" o "excesivamente emocionales". Cuando se vacían nuestras quejas de sentido, entonces calificativos como que estamos "locas", "histéricas" o "excesivamente emocionales" restituyen la legitimidad de su uso, casi exclusivo, hacia las mujeres aún en el presente. Estas calificaciones que aíslan las acciones de los sujetos de las estructuras de poder por las que se ven atravesadas, también ocurre en la dirección contraria: vemos cómo es común que en el caso de los hombres que perpetúan crímenes machistas, en la opinión popular se

nuestras quejas, y no las llamadas al orden reaccionarias, las que se vean reducidas al calificativo de "llamadas de atención" por parte de la opinión pública.

Quejarse, en muchas ocasiones, implica volverte el centro de atención[36]. Lo vemos, por ejemplo, cuando a poner o expresar una queja se le refiere como "montar un escándalo". Lo vemos, también, en los propios testimonios de personas que han procedido con sus quejas; y a veces en esa fase previa donde comunican sus intenciones a alguien de la institución, y reciben respuestas como: "déjalo pasar", "es mejor esperar a que se calmen las cosas y así no se arma un escándalo", "este no es el momento, es mejor que esperes"[37]. Estos consejos que parecen ser dados "por nuestro bien", funcionan igualmente como advertencias[38]. Nos advierten de que estaremos en el punto de mira[39] si no dejamos las cosas *estar* y las interrumpimos en su funcionamiento *habitual*, es decir, en su funcionamiento estructural.

María Galindo califica la relación del Estado con las mujeres como "utilitaria, chantajista y persecutoria" (2013, p.18). Una definición que también podría adecuarse a la relación de las instituciones con los sujetos que hacen uso de su derecho a la queja. Existe una persecución y una obsesión de las estructuras de poder, manifestada de una manera más o menos obvia, por *mantener las formas* (y las normas) incluso en el terreno de la queja (más que *incluso*, se manifiesta especialmente aquí). Esta persecución se vuelve evidente en cómo ciertas formas en las que se expresa el desacuerdo son invalidadas, pudiendo incluso llegar a constituir un motivo de peso para invalidar la queja en su conjunto.

La forma o *las formas,* y su relación con la queja, es un concepto clave para comprender la temporalidad de ésta misma; y cuyo análisis servirá de apoyo para demostrar mi "hipótesis" de que la queja puede ser una valiosa metodología de resistencia antisistémica y feminista. Cuando hablo de análisis, me estoy refiriendo a la labor de detectar en cuántas direcciones y sentidos nuestras quejas se ven atravesadas por lo que no es nuestro, por aquello que es proveniente de las relaciones de poder, la historia del mundo y de las representaciones. Esta labor ya es en sí potencialmente revolucionaria: expande nuestra mirada y transforma nuestros oídos; las quejas

---

les reduzca al calificativo de "loco" o "psicópata" invisibilizando así la estructura machista y patriarcal que actúa como base fundamental de esta violencia.

[36] Muchos testimonios (citados en Ahmed, 2021) describen cómo al quejarte, de repente notas el ojo de la institución sobre ti. Una mirada vigilante que parece buscar un error, un desvío, una distracción en la conducta "habitual" (estructural) a la que poder apuntar y señalarte. Cómo la institución y quienes la ocupan *te hacen saber* su cuestionamiento, a veces de manera muy sutil, es también una forma de advertencia: para que no te muevas, para que te quedes en tu sitio. Cómo son tratados determinados sujetos cuando se quejan puede enseñarnos quiénes son objeto de cuestionamiento, de sospecha; y quiénes no. "La sospecha de que algunos no son lo que dicen ser, no tienen derecho a estar donde dicen que están, no tienen derecho a ser" (Ahmed, 2021, min. 35'). Tener el ojo de la institución aterrizando sobre ti "es estar sujeto a más y más requisitos; tienes que contarles más de ti, darles detalles íntimos de tu vida, [...] tienes que convertirte a ti misma en datos" (Ahmed, 2021, p.144).

[37] Estas frases han sido recogidas de mi experiencia personal y de testimonios de mujeres que se han quejado a la institución académica citados en el libro *Complaint!* (Ahmed, 2021).

[38] Cuando estos avisos sobre cómo una queja puede "afectar a nuestro futuro" son exteriorizados con "buenos modales", incluso con buenas intenciones (sean sinceras o no), si procedemos con nuestra queja pese a ellos, se construirá una imagen de nosotrxs como sujetos impacientes, seremos entonces nosotrxs lxs que no escuchan, quienes "no hacen caso". Hacer uso de los buenos modales y de la "calma" puede utilizarse como un requerimiento que se exige de vuelta a quienes se quejan, una forma de desestimar la emocionalidad, la visceralidad, la parcialidad y las posibles incoherencias o contradicciones (entre otras).

[39] Estar en el punto de mira al expresar tu desacuerdo con una acción normativa, colectiva; puede hacer que te conviertas en el objetivo de los prejuicios. El punto de mira puede ser una reacción colectiva de retirarte la mirada, cortar el trato; como una forma de remarcar que "ya no perteneces a un grupo".

nos cuentan historias de cómo una violencia es percibida, cómo nuestros cuerpos cambian y se vuelven sensibles a formas de violencia relegadas al margen de lo invisible y lo inaudible. Pero sobre todo, las quejas nos hablan del esfuerzo que hacemos para materializar, dar una forma, a esta experiencia. Quejarse nos enseña que toda forma lleva consigo una historia (Bynum, 1999).

¿Qué podemos aprender si atendemos a la *forma* que tienen nuestras historias de conflicto? Como expresa Garland-Thomson: "la vida encarnada también tiene una narrativa" (2011, p. 595); una que señala los efectos del poder en esos encuentros de ajuste y desajuste que tienen nuestros cuerpos con el mundo material que les rodea. En el estudio de la queja como una metodología feminista, pondremos el foco no sólo en su forma como materialidad, sino también en *las formas* como códigos de lenguaje y comportamiento, y en la intersección entre ambas. Situamos a la queja en esta confluencia porque, precisamente, su carácter subversivo radica en cómo las quejas brotan del cuerpo y no se desligan de este aspecto. Se reivindican desde *aquí*, desde de lo corporal, lo matérico; y esto es utilizado por el poder para legitimar su exclusión sistemática de las formas de producción de saber y de justicia socioculturalmente validadas. Esto explica que muchas de las críticas contra las quejas estén dirigidas a *las formas* con las que se enuncian, ya que calificarlas dentro de la "mala educación", las "malas formas" o las "malas maneras" es una efectiva vía para legitimar que se las desestime sistemáticamente. Lo veíamos en la frase que le dijeron a Audre Lorde cuando defendía *los usos del enfado* en las luchas por la justicia social: "Dime cómo te sientes pero no lo digas tan enfadada o no podré escucharte". A lo que ella respondía, "Pero, ¿son mis modales lo que le impide escuchar, o la amenaza de un mensaje de que su vida puede cambiar?" (Lorde, 1984, p. 125).

Hablar de que *nuestras* formas llevan consigo una historia significa introducir la temporalidad en los encontronazos de nuestros cuerpos con el mundo. Quienes ocupan los puestos de poder y las instituciones, normalmente sitúan las quejas en una temporalidad "fallida" o "incorrecta": puede que en vez de realizar una crítica al motivo de la queja, ésta se desestime alegando que "no era el momento" para hacerla. Si nos fijamos en los testimonios de personas que se han quejado contra o dentro de las instituciones, podemos conformar una visión general de que para éstas no existe la temporalidad correcta en la que nuestras quejas puedan ser expresadas. Este mismo sistema de valores patriarcal que nos coloca en la posición de sujetos pasivos, sumisos, que han de ser pacientes, y cuya palabra no tiene el mismo valor que la que se erige desde el privilegio; es también el que nos describe como sujetos impacientes, inoportunos, cuyas realidades son "inconvenientes" y por eso *no conviene* que se atiendan como las del resto, sujetos que se expresan con unas formas y un vocabulario inadecuado o inapropiado…

Desde este espacio de visibilidad que es la escritura académica, me gustaría reivindicar todas estas formas incorrectas e impacientes de tomar el espacio y la palabra. Sin ellas nada de lo que escribo tendría sentido, ni "podría pensar las cosas que me interesan del modo en que me interesa pensarlas" (2019, p. 25). Una frase preciosa de Almudena Hernando que escribe refiriéndose a la prehistoria y a la arqueología, pero que aquí se la dedico a todas esas quejas feministas que se expresan sin necesidad de pedir permiso. *La queja como metodología feminista* funciona también como una cadena que conecta distintas temporalidades. Cuando ejercemos nuestro derecho a quejarnos, estamos reactivando la historia que hay a nuestras espaldas, como explica Ahmed: "Tenemos muchos NO detrás de nosotrxs: tenemos derechos debido a cuántxs dijeron que no; NO a cómo eran juzgadxs, no humanos, menos que humanos" (2019, p. 2).

Cuando se abre una nueva posibilidad, una grieta, por una acción del feminismo, ésta es siempre y sin excepción un trabajo y una victoria colectiva. Si a las mujeres nos instruyen en la paciencia y en la espera, entonces ser una impaciente es un logro feminista. La impaciencia se convierte en un estado poderoso para las estrategias de resistencia… Una forma de desfogue, y una forma de rechazo: ser impaciente significa rebatir el mensaje de quién es importante, qué es lo que importa.

En la teoría de la despatriarcalización, María Galindo destinaba las siguientes palabras argumentando la importancia de ser impacientes en nuestras luchas:

> La despatriarcalización es una palabra que también nos sirve para designar un estado de ánimo: la impaciencia. No nos hemos resignado, conformado o adaptado. No estamos dispuestas a aceptar la idea de que la liberación es un proceso tan largo y tan lento que jamás tocará nuestra vida cotidiana. La utopía tiene para nosotras un carácter urgente […] por eso la despatriarcalización no es un estado definitivo, sino una acción permanente de desestructuración. […] (2013, p. 57)

La temporalidad de una queja también tiene que ver con traer al presente nuestro desaliento para poder generar más, más aliento; y más quejas… No debemos conformarnos con las esperas, hemos de hacer nuestros deseos de cambio urgentes. Cada una de nuestras quejas es un trozo de horizonte que podemos tocar con la mano. Nosotras mismas, nuestros cuerpos, somos ese trozo de horizonte.

> Ahí es donde también nos podréis encontrar a nosotras, aquellas para las que la institución no está diseñada, y lo que traemos con nosotras, los mundos que no estarían aquí si algunas de nosotras no estuviéramos… Los datos que tenemos, nuestros cuerpos, nuestros recuerdos, quizá, cuanto más tengamos que derramar, más fuerte nos tendrán que sujetar. (Ahmed, 2021, min. 52')

Nuestras formas de desobediencia llevan consigo esta historia.

Biblioteca
UNIVERSITAS Miguel Hernández

Capítulo 3. *Quejas, grietas y mantener las diferencias.*

Mientras pensaba cómo empezar a escribir este texto, en Islandia, el lugar donde vivo, se habían producido ciento veinticinco temblores sísmicos por debajo de la magnitud 2.0, que normalmente la gente no siente[40]. Yo formo parte de esa norma estadística, pero aun así me reconforta saber que existen. Son una energía incontrolable a la que este suelo en el que piso es sensible, formándose grietas. Para una mirada antropocéntrica, estos temblores son sutiles, imperceptibles, invisibles. Para la mirada transfeminista DIY que nos construimos entre todxs, al poner el foco en la vulnerabilidad y no en la fuerza, estas sacudidas tienen otros sentidos y sentidos *otros*. Este capítulo final va dirigido a todos ellos, los cuales trataremos de explicar en los siguientes párrafos.

Quien hace uso de la queja como una herramienta de resistencia ante el poder, sabe que una queja puede funcionar como una lupa: cuando tienes que luchar por el espacio, te vuelves más consciente del espacio que tienes, de lo limitado y reducido que es (Ahmed, 2021). En otras palabras, quejarnos nos da conciencia de dónde están los límites; aunque estos límites ya fueran a aparecer independientemente de si nos quejáramos o no[41]. Sin embargo, lo que sí considero que aporta, de manera específica, una visión feminista que apueste por la vulnerabilidad y se construya a partir de lo corporal y lo visceral, es una mayor sensibilidad hacia *lo que queda* de esos esfuerzos que hicieron otras, que hacen y *hacemos* otras, por traspasar los límites.

Este esfuerzo por transgredir los límites que la norma impone genera una forma y una materialidad que podemos aprender cuando nos quejamos. La queja como metodología feminista dirige nuestra mirada hacia las grietas, los huecos, las rendijas, las fugas y las fisuras. Todas ellas efectos de un trabajo colectivo que se traduce en impacto, en miles e incontables impactos, contra las estructuras que nos rodean. Podemos entender las grietas como las heridas de una pared o *estructura*. Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos comprender, entonces, la queja transfeminista y su esfuerzo por transgredir los límites como una metodología que tiene el poder de romper, o al menos dañar, la estructura que la oprime. Me gustaría señalar que *traspasar* ya implica *romper*, al igual que las grietas, e incluso los arañazos, son manifiestos de que un daño ha sido producido. Quiero hacer este apunte porque, pese a que el daño no sea estructural y definitivo, estos vestigios importan. Nos hablan de que se ha producido un impacto o un temblor. Un movimiento que ha afectado hasta los cimientos y que ha sido lo suficientemente potente como para dejar algo en la superficie, no de una forma constructiva y cooperante, sino provocando deterioro y ruptura. Estos temblores, por tanto, contradicen la visión que la estructura hegemónica erige de sí misma como imperecedera e inamovible.

Vemos cómo las quejas pueden tener un efecto sísmico. Expresarlas puede provocar que las estructuras y sus dinámicas tiemblen. Si atendemos a los testimonios de personas que han rebatido abusos de poder, vemos cómo en ellos la queja tiene un comportamiento y unos efectos similares a los del sismo, de ahí que podamos acoger este fenómeno como una figura retórica útil para

[40] Fuente: www.en.vedur.is (oficina meteorológica islandesa).

[41] En su ensayo *Misfits: A Feminist Materialist Disability Concept* (2011), Rosemarie Garland-Thomson propone que la simple experiencia de vivir es suficiente para que se produzcan desencuentros de nuestro cuerpo con el mundo. Estos desajustes que surgen cuando un cuerpo interacciona con los objetos y espacios que lo rodean se intensifican en el caso de los sujetos subalternos (recordemos que ella con este ensayo está realizando, principalmente, una crítica al capacitismo). Por ello es importante no sólo apuntar este hecho, sino también en lo relativo a las quejas, señalar que al quejarnos aparecerán ante nosotros más límites de los que en un principio podíamos percibir. Las quejas y su movimiento no lineal dilucidan que las limitaciones tampoco afectan en línea recta, sino que nos rodean. Encuentras más y más límites cuando intentas cambiar el camino establecido, el que se espera de ti que sigas: si vas dando tumbos, si miras a los lados, y de reojo; si nunca llegas hasta el final, si miras arriba, si confrontas los límites desde abajo. En definitiva, si tu orientación es *queer* (Ahmed, 2006) encontrarás más límites.

comprender *la queja como una metodología transfeminista*. Encontramos analogías desde las mismas definiciones y etimologías[42] que explican estos fenómenos geológicos, como se observa en el término *terremoto*, que alude a "una liberación repentina de energía acumulada"[43] ocurrida en las rocas del interior de la tierra, las cuales, "al romperse generan ondas sísmicas que se propagan en todas las direcciones hasta la superficie terrestre" (Seitz et al., 2007, p.2). Esta definición nos habla de una liberación de energía no lineal, multidireccional y repentina; que como tal, se vuelve un fenómeno imposible de determinar, predecir y controlar. Un modo en el que también operan las prácticas *queer*, el feminismo interseccional y, por supuesto, *la queja*, siendo precisamente ahí donde encuentran su potencial revolucionario y su capacidad para volverse más difíciles de dominar y de inmovilizar por el sistema.

Teniendo en cuenta que los sismos son resultado de una ruptura, podemos establecer otra vinculación entre estos fenómenos geológicos, la queja y la vulnerabilidad inherente a ella. Esta ruptura como liberación, como desbordamiento de lo que previamente se mantenía acumulado, nos remite al límite como espacio de posibilidad y nos da más información sobre su funcionamiento: "Cuantas más quejas se contengan más necesidad tendremos de expresarlas, de sacarlas fuera. Más necesidad tendremos de escabullirnos, de escaparnos, de dejar rastros para que otras nos encuentren" (Ahmed, 2021, min. 62'). En definitiva, cuanto más contengamos, menos contenidas seremos. Nuestros motivos de enfado ya no sólo quedarán puestos a un lado, cerca del hueso; otros muchos ocuparán el centro de nuestros discursos o se alojarán en zonas próximas a la superficie, como la garganta o la piel. Conformando, como dice Audre Lorde, ese "arsenal bien provisto de rabia potencialmente útil contra aquellas opresiones, personales e institucionales, que la provocaron" (1984, p. 127) y que habita en cada una de nosotras. La queja como metodología feminista significa hacer uso de esa rabia, dolor o enfado para traerlo a una existencia colectiva; como hacemos de nuestras heridas y vulneraciones experiencias comunes, y sobre todo, compartidas. Quejarse puede ser una forma de cuidarnos entre nosotras, ofrecer una *mirada cómplice* (Galindo, 2013) a nuestras amigas. La artista –y *amiga*- Gema Polanco en su serie *Una cicatriz es más fuerte que la piel* (2020), borda lonas con esos mensajes que constituyen una mirada de vuelta feminista:

> Esta serie nace de pensamientos y de conversaciones con mis amigas y mujeres a las que admiro y con las que construyo. Mujeres guerreras, sensibles y vulnerables que se revisan y cuestionan su papel como mujer y artista en la sociedad, no aceptando el papel que ésta nos da. Son un homenaje a estas muestras de aliento, frases que nos decimos entre carcajadas y lágrimas cuando estamos al límite y que son tan necesarias para resurgir. (Polanco, 2020, s.p.)

Como expresa Polanco, estas muestras de aliento que son las quejas también suceden en ese estado corporal que llamamos *estar al límite*. Quejándonos, aprendemos cómo el límite puede ser algo físico o cómo un límite puede ser físico, tener una fisicidad concreta. Un límite puede hacerse tangible con la forma de la institución:

> Era como un pajarito arañando algo, realmente no estaba teniendo ningún efecto. El impacto era realmente pequeño; pequeño y a puertas cerradas... […] Tal vez tiene que ver con estar dentro de una institución y la forma en que están construidas: largos pasillos, puertas con pestillo, ventanas con persianas que se bajan, parece que cada parte está

[42] La palabra *terremoto* viene del latín "terraemotus" y significa "movimiento de la tierra" (Etimologías, s.f., def.1). También la palabra *temblor* proviene del latín "tremulare", que designaba "una sacudida de carácter involuntario". Por otro lado, *sismo* es un vocablo de origen griego, *seísmos*, que denominaba "una sacudida o agitación"; deriva del verbo *seíein* que se refería a la acción de 'temblar' o 'sacudir'" (Ramallo, 2010, p. 1).

[43] Una queja podría definirse así.

> impregnada con una sensación de clausura, no hay aire, se siente sofocante. (Citado en Ahmed, 2021, min. 21')

Este testimonio de una académica que interpuso su acusación formal en la universidad nos enseña que la institución y los lugares que desde ésta se asignan para proceder con una queja, pueden ayudar a incrementar la sensación de limitación, de ahogo. Ella observa todos los obstáculos: la puerta cerrada, los cerrojos, la cortina echada… Si imaginásemos lo que contienen estos espacios, observaríamos entonces aquellos lugares donde nuestras quejas quedan atascadas: el archivador, los ficheros, la base de datos, los cajones, el armario, la papelera. Estos son sólo algunos de los lugares donde nuestras quejas se van acumulando, de manera "ordenada", dentro de las instituciones. Si el orden, en su sentido normativo, se relaciona con la quietud, el hermetismo y estar en silencio; entonces, puede que en estos lugares donde se guardan las quejas no sólo se produzca una acumulación sino también un enterramiento. A veces, incluso este enterramiento se produce de forma "encubierta". Estos enterramientos de nuestras palabras pueden parecer no haber ocurrido desapareciendo junto con lo que ha sido enterrado (Ahmed, 2021). Es la persona que se quejó quien sabe lo que ha pasado: "Una queja o denuncia es un registro de lo que le sucede *a* una persona, así como de lo que sucede *en* las instituciones. Las quejas son tanto personales como institucionales. *Lo personal es institucional*." (Ahmed, 2021, p.38).

Si *dónde* y *cómo* las instituciones archivan nuestras quejas puede suponer una forma de acallarlas, acumulando una tras otra, poniendo unas encima y sepultando otras; entonces una manera para darles voz de nuevo será sacarlas de *ahí* dentro ejerciendo presión hacia fuera. La manera en que las mujeres que pertenecemos y participamos de las estrategias de resistencia, así como otros sujetos subalternos, ejercemos presión contra las mismas estructuras que nos oprimen es una historia verdaderamente compleja y para nada única. Entre los innumerables hilos de los que podríamos tirar, hilos con los que cosemos heridas y contamos historias, está este, el de *la queja como metodología feminista*, pero también todos los demás que se generan con cada una de las quejas. Frecuentemente, quienes llevan a cabo un proceso de queja formal, y muchas veces también cuando son quejas informales, tienen sus propios archivos y carpetas que recogen la historia de *su* queja. Cuando estas historias individuales de vulneraciones y rabia se juntan, entonces nos hablan de una experiencia colectiva, situando la violencia sufrida a una escala estructural e institucional. Sara Ahmed relata que para escribir su libro *Complaint!* (2021) terminó almacenando decenas de expedientes de denuncias y quejas en su propia casa, que era a la vez su lugar de trabajo:

> Tengo muchos expedientes de quejas, alojados en el mismo espacio. Esos archivos al llegar a mis manos terminaron juntos, archivos que de otro modo se habrían mantenido separados. Juntos contienen tanta información, arrojan tanta luz el uno al otro. Todo lo que se derrama de ellos lo escucho como un discurso[44]. (p. 40)

La queja como metodología feminista nos enseña a oír *discurso* en aquello que ha sido derramado, ver lenguaje en lo que desborda. Dirige nuestra escucha hacia lo incontenido o hacia lo que está a punto de no contenerse más, de traspasar un límite. Empecé este capítulo diciendo que mientras decidía cómo empezar a escribirlo en Islandia se produjeron más de cien temblores de una magnitud casi imposible de percibir. Ahora, en este punto del texto, ya ha habido más de cuatro mil[45]. Los más numerosos siguen siendo los de pequeñas magnitudes, pero durante unos días otros

[44] En el texto original Ahmed utiliza la palabra *speech*, que no sólo se traduce al español como *discurso*, sino también como *habla*, *palabras* o *lenguaje* (Collins Dictionary, s.f., def. 1 y 2).
[45] Fuente: www.en.vedur.is (oficina meteorológica islandesa).

sismos más potentes se hicieron parte de la cotidianeidad[46]. Para mi investigación sobre la queja transfeminista, tomé estas sacudidas del terreno como si fueran parte de un proyecto de campo. Estos temblores hacían vibrar mi casa, y a mí dentro con ella. Sucedían sin una lógica lineal, de ahí que se caractericen por su capacidad interruptiva y su impredictibilidad; como las quejas, sucedían, porque se hizo creciente la presión que ejerce el movimiento del magma bajo el suelo, a medida que éste se acerca a la superficie (Seitz et al., 2007). Cuando el magma casi rozaba el límite de la corteza terrestre, la presión por salir fue tal que provocó el "enjambre sísmico" que tres cuartas partes de la isla pudo sentir[47] durante una noche.

Como mencioné anteriormente, experimentar estas sacudidas supuso un proceso pedagógico-corporal que aportó sentido a la presente investigación, dedicada a todas aquellas quejas vulnerables e indomables. Lo decía también Glissant: "Entendemos mejor el mundo cuando temblamos con él, porque el mundo está temblando en todas direcciones" (citado en Preciado, 2019, p. 31). Una mayor comprensión del suelo en el que pisamos –y esto no sólo en un sentido geológico, sino también a diversos niveles, como puede ser el sociopolítico- quizá aumente la conciencia de nuestra vulnerabilidad al mismo tiempo que reduce la incidencia de los miedos paralizantes. María Galindo (2021) considera el feminismo como *la no parálisis frente a nuestros miedos*. Una queja es esto: una acción contra la violencia del sistema que se lleva a cabo entre advertencias, y pese a ellas. A pesar de las amenazas de lo que "nos ocurrirá" si seguimos sacudiendo los parámetros establecidos, si nos negamos a mirar para otro lado. Quejarse también consiste en mandar un mensaje de rechazo para que algo no se dé por finalizado y mantener la urgencia de una lucha manteniéndola en movimiento; ejerciendo la resistencia como "una acción de desestructuración permanente" (Galindo, 2013, p.172).

La acción de Francis Alÿs, *Cuando la fe mueve montañas* (2002), duró solamente un día pero atestigua cómo un movimiento, si es conjunto, puede hacer efectivo un cambio; en Lima y en abril de 2002, o *aquí* y *ahora*. El artista convocó a quinientos voluntarios, a fin de formar una hilera que desplazó, con la ayuda de palas, una duna de 500 metros de diámetro localizada en la periferia de la ciudad de Lima (Alÿs, 2002). "Este peine humano empujó cierta cantidad de arena a una cierta distancia, moviendo la duna a un par de centímetros de su posición original. La perturbación física fue infinitesimal, pero no así sus resonancias metafóricas" (Alÿs, 2002, p. 18).

El feminismo también es un trabajo y una convicción que podría *mover montañas*… Hay un proyecto transfeminista que puede identificarse como "geológico" y éste es cómo acercamos el horizonte, aquel que es propio, hasta hacerlo tangible. El horizonte transfeminista no es algo lejano e inalcanzable, es algo que podemos tocar. A veces, mediante el *no* y las quejas, se ha conseguido sacudir tanto las instituciones que se han producido derrumbamientos, y estos fragmentos ya no forman más parte de las estructuras, sino que pasan a ser un trozo de nuestro horizonte. Tener estos "objetos" a nuestro alcance es vital para poder construir otras versiones de corporalidad y de expresión del deseo: "Los cuerpos toman forma al tender hacia objetos que son alcanzables, que están disponibles dentro del horizonte corporal" (Ahmed, 2006, p. 543). Podemos alcanzar ciertos elementos que no teníamos a mano haciendo que caigan, no sujetándolos más. Estas caídas nunca son rectas –*straight*-, sino más bien oblicuas, torcidas o transversales (Ahmed, 2006).

> Cuando las mujeres se desprenden del lugar que el patriarcado les ha asignado, ese desprendimiento es doloroso, pero también placentero y tiene la capacidad de desordenar todo el mundo que la rodeaba, porque cada mujer es una suerte de pilar que sostiene la

[46] Durante los días previos a la erupción volcánica de Fagradalsfjall de 2022, en Islandia se produjeron: 4 terremotos por encima de la magnitud 5, 29 de magnitudes entre 4-5 y 178 temblores de magnitud entre 3-4. Fuente: www.volcanodiscovery.com.

[47] Fuente: www.en.vedur.is (oficina meteorológica islandesa).

> estructura que la oprime. Es una metáfora […] que refleja muy claramente cómo el lugar asignado es sostén de los poderes que allí la retienen. (Galindo, 2013, p. 152)

Una queja puede ser cómo caemos en algo o cómo caemos en la cuenta de algo. Una caída sigue siendo un movimiento, uno radical. Cuando caemos, impactamos en el suelo: pienso en cuántas de nuestras quejas habrán quedado *por los suelos* tras ser lanzadas contra los límites, las barreras y las paredes que nos obstaculizan… Son muchas las que no traspasan, rebotan y yacen en el suelo, son muchas las que aún hay por recoger. Son también, infinidad, las grietas abiertas en el suelo y que sirven para colarse, o quizá para salir a la superficie. Si las paredes son hegemónicamente el lugar donde el poder se exhibe y es representado, entonces *preferir* mirar al suelo puede ser una declaración simbólica y política de resistencia. En Islandia, cuando miro al suelo veo grietas. Cuando veo grietas, percibo quejas.

Hay movimientos que, aunque no hagan uso del habla, producen un efecto semejante a romper el silencio. Por ejemplo, ocupar un lugar que no deberíamos estar ocupando. Esta acción de resistencia transcurre entre desajustes, –*misfittings*, si lo decimos con Garland-Thomson (2011)- que pueden constituir motivos de queja. Desde este lugar, quejarse es una metodología que utilizamos no sólo para habitar determinados espacios, sino también para sobrevivir a ellos.

Cuando nos quejamos de manera conjunta, este ejercicio tiene efectos capaces de transformar los espacios que ocupamos. La historia de la queja es la historia de cómo hacemos de un terreno inhóspito un suelo colectivo; generando lugares que en su *in*-habitar nos pertenecen. Un agenciamiento que es producido desde el hacer cotidiano. Para la conformación de este suelo DIY-transfeminista trabajamos con lo vibrátil, lo no estático. Aquello que es capaz de generar grietas con su movimiento tembloroso, incontrolado, incontenible haciendo eco de una vulnerabilidad que se expresa y es compartida.

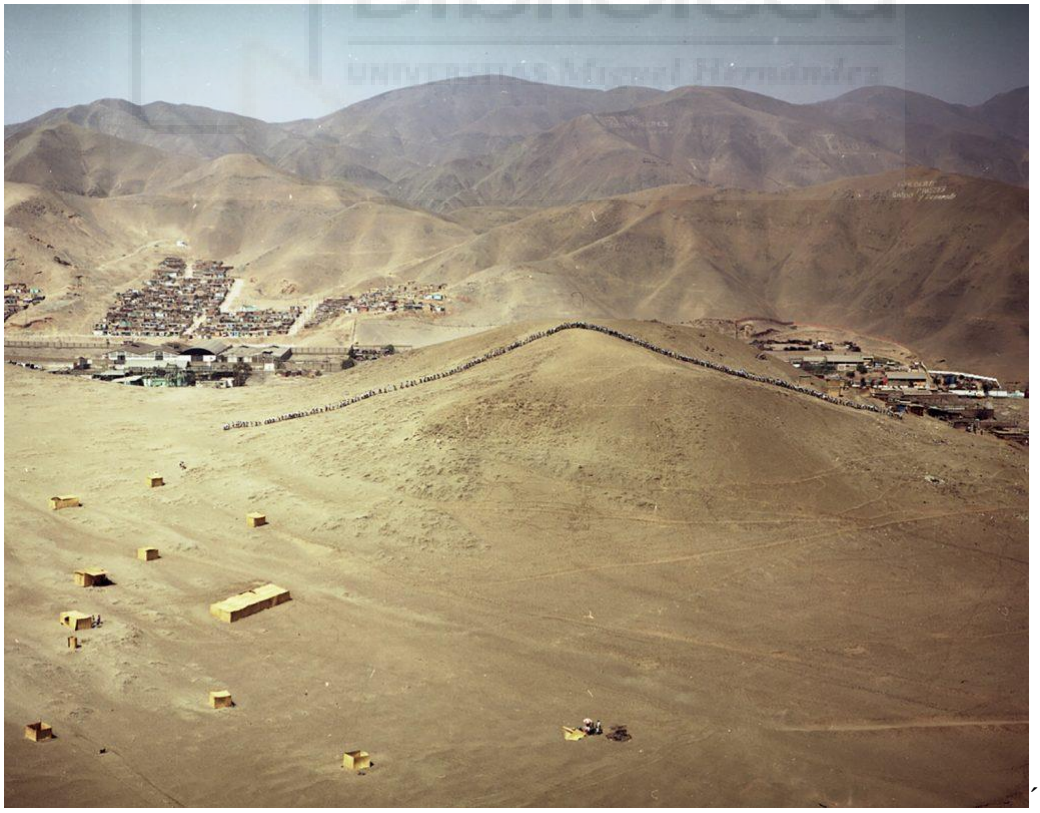
Si moverse –y movilizarse- puede hacer que se desencadene un cambio, entonces un temblor puede ser una promesa. La cadena sísmica fue la "promesa" de una erupción en Islandia, sin fecha precisa pero inminente. Y ocurrió, la tierra se abrió: "El magma llegó a la superficie produciendo una fisura de 400 metros de longitud que en los primeros días de actividad ha emitido entre 20 y 50 metros cúbicos de lava por segundo" (Lluent, 2022, párr.1).

4.

Figura 4-5. Erupción volcánica en Fagradalsfjall, Islandia. Recuperado de: www.elperiodico.com

5.

6.

7. 

Figuras 6-7. Francis Alÿs. (2002). *Cuando la fe mueve montañas.* Imágenes sacadas del libro.

Tomando este fenómeno como figura simbólica y retórica podemos aprender mucho sobre la queja. Entre otras acepciones, nuestras quejas son heridas que al ser expresadas (recordemos que la palabra *expresar* lingüísticamente significa *presionar hacia afuera*) tienen la capacidad de generar grietas en la cotidianeidad y en las estructuras que nos rodean. Una grieta es una marca de resistencia, una marca de resistencia es una potencia de revolución: en los movimientos de justicia social, inventamos y creamos grietas que actúan como *fugas*, a través de las cuales la subjetividad y el deseo pueden volver a fluir (Deleuze y Guattari, 1988). Podemos establecer una conexión desantropocentrada entre las quejas, en tanto que son aquello que se produce cuando nuestra rabia, sensación de injusticia o insatisfacción encuentra la forma o el lugar por el que filtrarse hasta llegar a la exterioridad; y la erupción en el valle volcánico de Meradalir, en Islandia, iniciada a principios de agosto de 2022 con el surgimiento de una grieta en el suelo.

Cuando la lava toma el espacio abriéndose un hueco en el terreno se habla de una "erupción fisura". En una erupción de estas características, el magma, al encontrar y crear huecos por los que esparcirse, "fluye en lugar de explotar" (Zermoglio, 2022, párr. 9). Quejarse como metodología feminista también tiene que ver con aprender a hacer *fluir* nuestras quejas; esto es, hacerlas continuas, múltiples… Expresarlas sabiendo cómo escabullirse, escaparse y escurrirse entre todo lo que obstruya su curso; para que lleguen allí donde tenemos el convencimiento de que han de llegar. O al menos para sacarlas fuera.

Pero, ¿qué ocurre cuando sujetos que deberían permanecer *quietecitos* y en silencio expresan sus motivos de queja de este modo, sin detenerse, hasta saliéndose ellxs mismxs del lugar en el que "deberían" estar? ¿Qué potencialidad revolucionaria podemos encontrar en sentirnos desbordadxs? Cuando nos quejamos colectivamente estamos encarnando este fenómeno de la fisura que potencialmente se convierte en volcán. Aunque sea de una manera infinitamente más sutil, a escalas muy minoritarias e incluso íntimas.

Si expresamos nuestras quejas sin paralizarnos, estaremos trastocando y modificando los límites existentes. Esto, por supuesto, provoca una reacción por parte de aquellos sujetos que se ven beneficiados siempre y cuando estos límites se cumplen. Por tanto, si no nos detenemos nosotrxs, otros nos interrumpirán como forma de remarcar los límites que hemos desdibujado, subrayando que hemos llegado lejos no como un éxito o algo que premiar, sino como algo negativo y hasta perjudicial para unx mismx. Puede que esta advertencia incluso suene como un consejo. Podemos saber si hemos traspasado límites cuando frases como estas nos resuenan: "¿Hasta dónde vas a llegar con esto?", "tendrás que ponerle un fin…", "te has pasado", "te has pasado *de la raya*", "fuiste demasiado lejos", "esto ha llegado demasiado lejos"…

Llegar *lejos* con nuestras quejas puede sonar como un fracaso, puede parecer excesivo, como si fuera *demasiado*. Sin embargo, para las estrategias de resistencia supone una victoria colectiva. Y esto es necesario dejarlo claro, es necesario que se reconozca. Cuanto más lejos llegamos es porque somos más. Cuantas más somos; más difíciles de manejar, controlar y sujetar nos volvemos. Juntas hacemos más presión para que se creen grietas, para que los ficheros que contienen nuestras quejas exploten de no poder retener *ni una más*. Una vez fuera, nuestras experiencias se reconocen y se juntan.

Sin embargo, para *la queja como metodología feminista* juntarse no significa diluirse u homogeneizarse. De hecho, que las mujeres nos consideremos o seamos consideradas como un bloque indiferenciado es una forma de estandarización y simplificación más, un tipo de violencia epistémica[48], como enuncia Spivak (1988). Si quejarse es *mantener diferencias* con alguien,

[48] Spivak, en su ensayo *Can the Subaltern Speak?* (1988) define el concepto de "violencia epistémica" como "la alteración, negación y en casos extremos como las colonizaciones, extinción de los significados de la vida cotidiana, jurídica y simbólica de individuos y grupos" (citado en Belausteguigoitia, 2001, pp. 237 y 238).

entonces el reconocimiento de nuestra diferencia se convierte en una parte imprescindible de esta metodología, así como de las luchas por una justicia social transfeminista.

Las diferencias, como defiende Audre Lorde, "desempeñan una función creativa en nuestras vidas" (1984, p. 117). Sin embargo, continúa: "A las mujeres se nos ha enseñado a hacer caso omiso a nuestras diferencias, o verlas como motivo de segregación y desconfianza en lugar de como potencialidades para el cambio" (Lorde, 1984, p.117). Estas diferencias tienen cuerpo, son orgánicas, y por tanto, localizables; lo que también nos sugiere que estas líneas de división no pertenecen en ningún caso al terreno de lo abstracto.

> Una línea orgánica es una línea de ruptura, una línea que irrumpe en el cuerpo de las cosas y marca su separación. Una línea, un corte en una superficie, puede convertirse en síntoma. […] Son "orgánicas" porque yacen dentro del organismo material en el que existen; no se originan en otra parte, ni pueden rastrearse como artificios abstractos: toman cuerpo en el lugar de lo que perforan o separan.[49] (Pérez-Oramas, 2018, s.p.)

La práctica artística de Lygia Clark puede comprenderse como una materialización diversa de la idea propuesta por Lorde (1984), sobre las diferencias como un elemento creativo y generativo. Desde etapas tempranas, esta cuestión fundamenta varias de sus obras, como podemos observar en *Caminhando* (1963), *O dentro é o fora* (1963), *Diálogo de maos* (1966) y *Pedra e ar* (1966), entre otras. Clark entiende las líneas divisorias no sólo como espacios que separan, marcando límites o diferencias, sino también como lugares de unión y convergencia; o de cruce entre ambas –en ningún caso, como una simple dualidad-.

Figura 8. Lygia Clark. *Dialogo de maos*. (1966). Imágenes tomadas de la web de la artista.

[49] Este fragmento forma parte de un ensayo de Pérez-Oramas dedicado a la obra de la artista Lygia Clark. Extraído del catálogo de la exposición *Lygia Clark: The Abandonment Of Art, 1948-1988*, que tuvo lugar en el MoMA (Nueva York), en 2014.

Podemos ver cómo estas líneas de división aparecen cuando los cuerpos se juntan; tanto con otros cuerpos como con otros objetos. Una línea divisoria es una diferenciación, puede que un *límite*, también. Donde hay una diferencia, se produce un cambio.

Donde ha habido un cambio, hay quejas. Muchas, muchas quejas; por detrás.

Algunas llevamos estas quejas que nos preceden por delante. *Hoy*, dejo mi casa con una de ellas puesta por bandera. La dejo colgada de la ventana para que sepan de dónde vengo y hacia dónde me dirijo. Y porque quejarse va de expresarse, sacar las cosas afuera. Hoy por eso es un día *diferente* a los demás. Hoy voy a ir a denunciar.

Esta bandera tiene colores pero también tiene letra. En ella se puede leer una frase de Preciado:

"La voz de cada unx es una ley"

Él la dio a modo de respuesta, cuando mantenía un encuentro virtual con María Galindo para dar la conferencia *Arte, Política y Contracultura* (2021) en la que se preguntaban por "cuál sería el instrumento que tendrías, si estás de *ese* otro lado", ese otro lado que no es el privilegio o el poder. Por detrás, puse el resto de la respuesta:

> La voz es una de las formas de la ley, *la voz de cada uno es una ley*, que aunque sea de forma muy ínfima, muy sutil; se enfrenta con la voz de la ley institucional, de los espacios académicos, del estado, de la familia, de la nación... (min. 35')

9.

Figuras 9-10. *La voz de cada unx es una ley* en mi casa. (2022). Imágenes de producción propia.

Sólo cuando corre el viento esta parte es visible también en la calle y no sólo a través de mi ventana. Dejo una queja por bandera en casa y decenas aquí escritas, pero otras tantas se vienen conmigo. Antes de salir voy pensando en todas ellas; y entre las quejas de mi madre y Audre Lorde defendiendo los usos de la ira en la justicia sociopolítica, me acuerdo de una amiga con la que comparto el "motivo" que voy a denunciar. También fue la primera persona a la que se lo conté. Ese día me dijo que debíamos quejarnos, y que ella *se quejaría conmigo*.

Son muchas las razones por las que he escrito *La queja como metodología feminista* y no otro trabajo de investigación, algunas para las que todavía estoy buscando palabras; pero puedo afirmar que una de ellas surgió de esa invitación a que nos quejáramos juntas. Este texto ha tomado cuerpo partiendo de ese deseo: filtrar en este pequeño espacio de visibilidad una gran invitación a quejarnos.

Y a no hacerlo solxs. Nuestras quejas nunca son casos aislados.

Conclusiones

Lo que hoy pasará a formar parte de los archivos de denuncias, dio comienzo con una queja. Aunque podemos concluir del mismo modo que empezamos: recordando que *las quejas nunca son el punto de partida, ni siquiera cuando son el inicio de algo*.

Este proyecto de investigación, y todo lo que tiene a sus espaldas, recoge muchos motivos por los que he llegado a la conclusión de incluir mi experiencia en los archivos institucionales. Son muchas las quejas que he recogido en este camino y que no voy a soltar; muchas diferencias mantenidas[50].

Esta es una de las formas en las que actúan las estrategias de resistencia al tomarlas como objeto de estudio y acogerlas como propias: siendo una cadena de alientos que nos permiten no desistir ante las violencias institucionales que están tan presentes en los procesos de denuncia.

Si la voz de cada unx es una ley, una queja es cómo ponemos esa ley por encima de la ley institucional. Significa alzar la voz por encima de la posible desestimación de nuestra experiencia. O, en caso de que ésta no se diera, no frenar, a pesar de que nuestra experiencia pueda quedar aparentemente "olvidada" en los ficheros, entre otras historias y las historias de otras. En un cajón institucional, pero al fin y al cabo un cajón cualquiera. Haciendo parecer que todo ese esfuerzo no ha tenido ningún efecto, o que sólo hayamos arañado la superficie. Pero, es que, "no siempre podemos percibir el debilitamiento de las estructuras hasta que estas colapsan" (Ahmed, 2021, p. 310). Todas juntas –*nuestras quejas*-, aunque no sea en este momento y en ese lugar, aportan sentido las unas a las otras.

A lo largo de este proceso de trabajo, he aprendido que los impactos de las quejas pueden ser ínfimos, o no aparecer de inmediato. Sin embargo, dedicar tanto tiempo y afecto a las quejas también me ha aportado un saber que me permite percibir, aún más, las grietas y las violencias que me rodean, por muy sutiles que sean.

He llegado a la conclusión de una queja implica *reconocimiento*. Las quejas son un tipo de rastro feminista. Podemos comenzar a reconocer y percibir violencias que no sabíamos que nos atravesaban gracias a las quejas de otras, al sentirnos identificadas en ellas y *con* ellas. Estas quejas, muchas veces, ponen nombre a violencias que no sabíamos ni que existían; o que sólo las sentíamos y no disponíamos de las palabras con las que poderlas expresar.

Ha sido a través de quejas como se ha podido incluir multitud de cuerpos en espacios de visibilidad y de existencia sin tener que ser necesariamente absorbidos por la norma, disputando el valor de esa experiencia que de otro modo estaba siendo denegada. Es por ello que la queja siempre ha sido un instrumento con el que la subalternidad ha construido teoría y sentido.

Las quejas forman parte de la teoría y de la fuerza argumentativa de los movimientos feministas desde sus más precarios inicios. Si la teoría es un instrumento fundamental de la lucha, entonces las quejas son una herramienta imprescindible para los movimientos feministas. En ellas encontramos "la fuerza conceptual del movimiento; es eso lo que nos hace más peligrosas, más libres y menos controlables" (Galindo, 2013, p. 18).

Entre quejas y haciendo uso de ellas es que damos nombre al horizonte al que nos dirigimos: uno que surge del hueco que deja una línea divisoria. Entre línea y línea del presente trabajo, de una

[50] Quejarse es mantener diferencias: *man-tener*, "tener en la mano" (origen etimológico citado en Real Academia Española, s.f, s.p.); quizá nuestras quejas nos hablan de cómo cogemos la diferencia en nuestras manos, llevándola con nosotrxs, y cómo ésta tiende a escurrirse entre los dedos.

fisura emergió un volcán. Este proyecto, *La queja como metodología feminista*, probablemente también brotó de una de esas grietas que me encontré mientras iba mirando al suelo.

No puedo determinar cuántos minutos he invertido mirando al suelo en busca de grietas, en Islandia y en tantos otros espacios. *Grietas* con las que he conformado cada pedacito de este trabajo. Por eso, he desarrollado una relación afectiva con ellas. Con las grietas, y con todo proceso geológico-fenomenológico que las conforma, e incluso con según qué derrumbamientos. Como este suelo tembloroso y María Galindo (2013), yo también considero que la vulnerabilidad es una de las formas más apasionantes de experimentarse a una misma.

Tengo grietas cerca del hueso y una cadena de quejas saliendo por la garganta.

Biblioteca
UNIVERSITAS Miguel Hernández

Bibliografía citada

Libros en físico

Ahmed, Sara. (2021) *Complaint!*. Londres: Duke University Press.

Ahmed, Sara. (2018). *Vivir una vida feminista*. Madrid: Traficantes de sueños.

Alÿs, Francis y Medina, Cuauhtémoc. (2002). *Cuando la fe mueve montañas*. Madrid: Turner.

Butler, Judith. (2002). *Cuerpos que importan*. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith. (2004). *Precarious life: The powers of mourning and violence*. Londres: Verso.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

Foucault, Michel. (2000). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica de Argentina.

Galindo, María. (2013). *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar*. La Paz: Mujeres Creando.

Halberstam, Jack. (2018). *El arte queer del fracaso*. Madrid: Egales.

Hedva, Johanna. (2020) *Minerva. The miscarriage of the brain*. Saratoga y Oakland: Sming Sming Books y Wolfman.

Hernando, Almudena. (2018). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de sueños.

Lorde, Audre. (1984). *Sister Outsider*. Toronto: Crossing Press.

Missé, Miquel. (2018). *A la conquista del cuerpo equivocado*. Madrid: Egales.

Portocarrero, Florencia (Ed.). (2017). *Manifestaciones públicas de afecto*. Barcelona: BAR Project.

Preciado, Paul B. (2020). *Testo yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Barcelona: Anagrama.

Preciado, Paul B. (2019). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Barcelona: Anagrama.

Preciado, Paul B. (2021). *Yo soy el monstruo que os habla*. Barcelona: Anagrama.

Rolnik, Suely y Guattari, Félix. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Spivak, Gayatri Chakravorty. (1988). *Can the Subaltern Speak?* Basingstoke: Macmillan.

Libros y textos online

Ahmed, Sara. (2018). *Manifiesto del NO*. Recuperado de: www.latfem.org

Birulés, Fina. (2008). *Entrevista a Judith Butler*. Recuperado de: www.paroledequeer.blogspot.com

Bynum, Caroline W. (1999). *Shape and Story: Metamorphosis in the Western Tradition*. Recuperado de: www.neh.gov/news/press-release/1999-03-22

Pérez-Oramas, Luis. (2018). *Lygia Clark. If You Hold a Stone*. Recuperado de: www.post.moma.org/part-3-lygia-clark-if-you-hold-a-stone

Ramallo, María. (2010) *¿De dónde vienen las palabras que designan los movimientos de la tierra y del mar?* Recuperado de: www.mdzol.com

Rancière, Jacques. (2008). *Estética y política: Las paradojas del arte político*. Recuperado de: www.webs.ucm.es/info/artepltk

Artículos de revistas científicas

Ahmed, Sara. (2006). Orientations. Toward a Queer Phenomenology. *A Journal of Lesbian and Gay Studies*, *12*(4), 543-574.

Belasteguigoitia, Marisa. (2001). Descarados y deslenguadas: el cuerpo y la lengua india en los umbrales de la nación. *Debate Feminista*, *24*(12).

Garland-Thomson, Rosemarie. (2011). Misfits: A Feminist Materialist Disability Concept. *Hypatia*, 26(3), 591-609.

Haraway, Donna. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies, 14*(3), 575-599.

Artículos online

Erlij, Evelyn. (2021, 21 de abril). *Sara Ahmed, la gran aguafiestas*. Recuperado de: www.palabrapublica.uchile.cl/2021/04/21/sara-ahmed-la-gran-aguafiestas

Lluent, Eric. (2022, 7 de agosto). *Islandia siempre mira de reojo los volcanes*. Recuperado de: www.lavanguardia.com/internacional/20220807/8453905/islandia-siempre-mira-reojo-volcanes

Zermoglio, Sofía. (2022, 4 de agosto) *Tras una ráfaga de casi 4.000 terremotos, un volcán de Islandia entra en erupción*. Recuperado de: www.independentespanol.com/noticias/volcan-islandia

Contenido audiovisual y filmografía

Baggs, Amelia. (2007) *In my language*. [Vídeo-manifiesto]. www.youtube.com/watch?v=JnylM1hI2jc

Marano, Florencia P. (2009). *El test de la vida real*. [Película documental]. www.youtube.com/watch?v=yrgrZ0R_-3U

Moya, Ricardo. (2020). *Entrevista a Miquel Missé* [Entrevista]. www.youtube.com/watch?v=frKB7-yrPLw

Polanco, Gema. (2017). *El cuidado*. [Vídeo]. www.gemapolancoasensi.com/El-cuidado

Polanco, Gema. (2018). *Instrucción invisible*. [Vídeo]. www.gemapolancoasensi.com/Instruccion-invisible

Polanco, Gema. (2019). *Matar las horas como hace mi madre*. [Vídeo]. www.gemapolancoasensi.com/Matar-las-horas-como-hace-mi-madre

Sol, Jo. *Fake Orgasm* (2010). [Película documental] www.youtube.com/watch?v=ORtKHru9xlc

Conferencias online

Ahmed, Sara. (2021, 24 de junio). *La queja como pedagogía feminista*. En Bulegoa Z/B y Sociología Ordinaria (organización). Seminario Permanente Ordinaria. Conferencia online. Recuperado de: www.youtube.com/watch?v=HuAwheclHBE

Galindo, María y Preciado, Paul B. (2021, 22 de abril). *Arte, Política y Contracultura*. En Museo Universitario del Chopo (organización). El mundo hoy. Conferencia online. Recuperado de: www.youtube.com/watch?v=ED9BCLvb_

Rolnik, Suely. (2011, 20 de junio). *A cielo abierto*. En CA2M Centro de Arte Dos de Mayo (organización). XVIII Jornadas de estudio de la imagen. Historias que no se han escrito. Conferencia llevada a cabo en CA2M Centro de Arte Dos de Mayo. Recuperado de: www.vimeo.com/49441642

Webgrafía

Csilla Klenyánszki. (artist portfolio). www.klenyanszki.com

Polanco, Gema. (artist portfolio). www.gemapolancoasensi.com

Marchante, Diego Genderhacker y Colectivo TransBlock. Archivo-T. www.archivo-t.net

Marchante, Diego Genderhacker. Fils Feministes. www.filsfem.net

Collins Dictionary. www.collinsdictionary.com/dictionary/english-spanish

Etimologías de Chile. Diccionario Etimológico Castellano En línea. www.etimologias.dechile.net

Real Academia Española. Diccionario de la lengua española. www.dle.rae.es

Oficina Meteorológica Islandesa. www.vedur.is

Listado de figuras

1-2. Marano, Florencia P. (2009). Miquel Missé en *El test de la vida real*. Barcelona, España. Imágenes tomadas del documental. Recuperado de: www.youtube.com/watch?v=yrgrZ0R_-3U

3. Polanco, Gema. (2017). *Como Dios Manda*. Valencia, España. Imágenes cedidas por la autora.

4-5. Richard, Jeremie (2022). Erupción volcánica en Fagradalsfjall, Islandia. Recuperado de: www.elperiodico.com

6-7. Alÿs, Francis. (2002). *Cuando la fe mueve montañas*. Lima, Perú. Imágenes recuperadas del libro de Alÿs, Francis y Medina, Cuauhtémoc (2002).

8. Clark, Lygia. (1966). *Dialogo de maos*. Recuperado de: www.portal.lygiaclark.org.br

9-10. García López, Ana. (2022). *La voz de cada unx es una ley*. Reykjavík, Islandia. Imágenes de producción propia.